$ 4 - 400 m/n.

15 ARGENTINA



ENTRE RIOS I



PRESIDENTE
Carlos Civita
GERENTE EDITORIAL
Antonio F. Salonia
GERENTE COMERCIAL
Eric Skinner
SUBGERENTE EDITORIAL
Ignacio Palacios Videla
JEFE EDITORIAL
Rubén Tizziani
COORDINADOR TECNICO
Néstor Maldonado

ARGENTINA

Editor
César Civita
Coordinador General
Fernando Lida García
Equipo Asesor
Jorge Baron
Cristina De Lorenzo, León Pomer,
Prof. Adelia María Pommerenck
Prof. Martha Irene Stefanelli
Redactores
Pablo Ananía y Luis Grassino

PLAN DE LA OBRA

ARGENTINA es una edición de Abril Educativa y Cultural S.A., avenida Leandro N. Alem 896, Capital Federal. Distribuidor en la Capital Federal: Vaccaro Hnos., Solís 585, Capital Federal. Interior: RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso. Teléfonos 45-0406/2844. La cartografía de ARGENTINA ha sido elaborada por el Instituto Geográfico Militar, por el Automóvil Club Argentino y por el departamento cartográfico de Abril Educativa y Cultural S.A. Todos los mapas cuentan con la correspondiente autorización del Instituto Geográfico Militar, según lo establece el Superior Decreto Nº 8.944.

ABRIL EDUCATIVA Y CULTURAL S.A. agradece la colaboración de la Dirección Nacional de Turismo, del Instituto Geográfico Militar, del Ministerio de Educación de la Nación, de las distintas dependencias oficiales, de las autoridades provinciales y del Automóvil Club Argentino.

Para la compra de números atrasados dirigirse a RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso, Capital Federal.

Impreso en Talleres Gráficos Abril, Av. Roca 4410, Florida, provincia de Buenos Aires.

Inscripción Nº 114 - Registro de Autorizaciones Envío de Libros de Edición Argentina.

ARGENTINA

Esta obra, destinada a ofrecer un panorama completo del país, se compone de sesenta fascículos, de aparición semanal, con los que podrán formarse dos colecciones diferentes. La primera, ARGENTINA, contiene una descripción geográfica, histórica, económica, social y cultural de la Capital Federal, provincias, territorio de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, del país argentino en su conjunto y en relación con las naciones del mundo. Está integrada por las veinte páginas interiores de cada fascículo (excluidas las tapas), reunidas en tres tomos de 320 páginas y uno de 240 páginas, cuyas tapas se ofrecerán con los fascículos 16, 32, 48 y 60. La segunda, HOMBRES Y HECHOS EN LA HISTORIA ARGENTINA, incluye acontecimientos fundamentales del pasado nacional, anécdotas y sucesos que han caracterizado al país, a sus hijos y héroes más insignes. Está formada por las contratapas de los sesenta fascículos, una vez separadas, plegadas por donde se indica y reunidas en un tomo de 240 páginas. La tapa correspondiente será ofrecida al final de la obra.

NUESTRA PORTADA

Túnel subfluvial Hernandarias

El próximo fascículo:



ENTRE RIOS II

- *Las "naranjas de clavel"*
- *"Un fresco abrazo de agua"*
- *Turismo a dos bandas*
- *En las tierras del Yatay*

LA TRILLA

Era de mañana todavía cuando los peones apartaron las últimas bolsas de nuestro trigo. La máquina paró y a la sombra de la parva cercana la gente se dispuso a tomar el café; un sol fuerte nos ahogaba y desparramaba su llamarada por la campiña segada, que parecía un inmenso cepillo de oro.

Lejos, en el potrero, en las quebradas, en torno de las pequeñas lagunas, los bueyes pacían, lentos y tristes, en medio de la cháchara de los teros.

El alcalde de la colonia, viejo elocuente y astuto, elegido por el vecindario en una asamblea de la sinagoga, comentaba los resultados de la cosecha y alababa la hermosura de nuestro trigo. (...) Aquella mañana caliente, rodeado por los vecinos, a la sombra de la parva, peroraba sobre las ventajas de la vida rural.

—Bien sé yo —decía— que no estamos en Jerusalem; bien sé yo que esta tierra no es aquella de nuestros antepasados. Pero sembramos y tenemos trigo, y de noche, cuando regresamos de la era, detrás del arado, podemos bendecir al Altísimo porque nos ha conducido fuera de donde éramos odiados y vivíamos perseguidos y miserables.

El matarife replicó: —El trigo de Besarabia es más blanco (...). En Rusia se vive mal, pero se teme a Dios; y se vive según su ley. Aquí los jóvenes se vuelven unos gauchos.

El agudo silbato de la máquina disolvió a los vecinos. Tocaba el turno a las parvas de Moisés Hintler, que permanecía silencioso junto a la casilla rodante del maquinista. (...) A su lado, la mujer, envejecida en la miseria del pueblo natal, contemplaba la faena, y la hija, Débora, robusta y ágil, preparaba el almuerzo.

Comenzó el trabajo. Subimos a la parva (...) para alcanzar las gavillas; y los peones enaceitaban la máquina formidable. (...) Moisés permanecía callado junto a la máquina. En su cabeza se revolvían desvanecidos recuerdos de su vida lúgubre de Vilna, de su vida martirizada y amarga de judío.

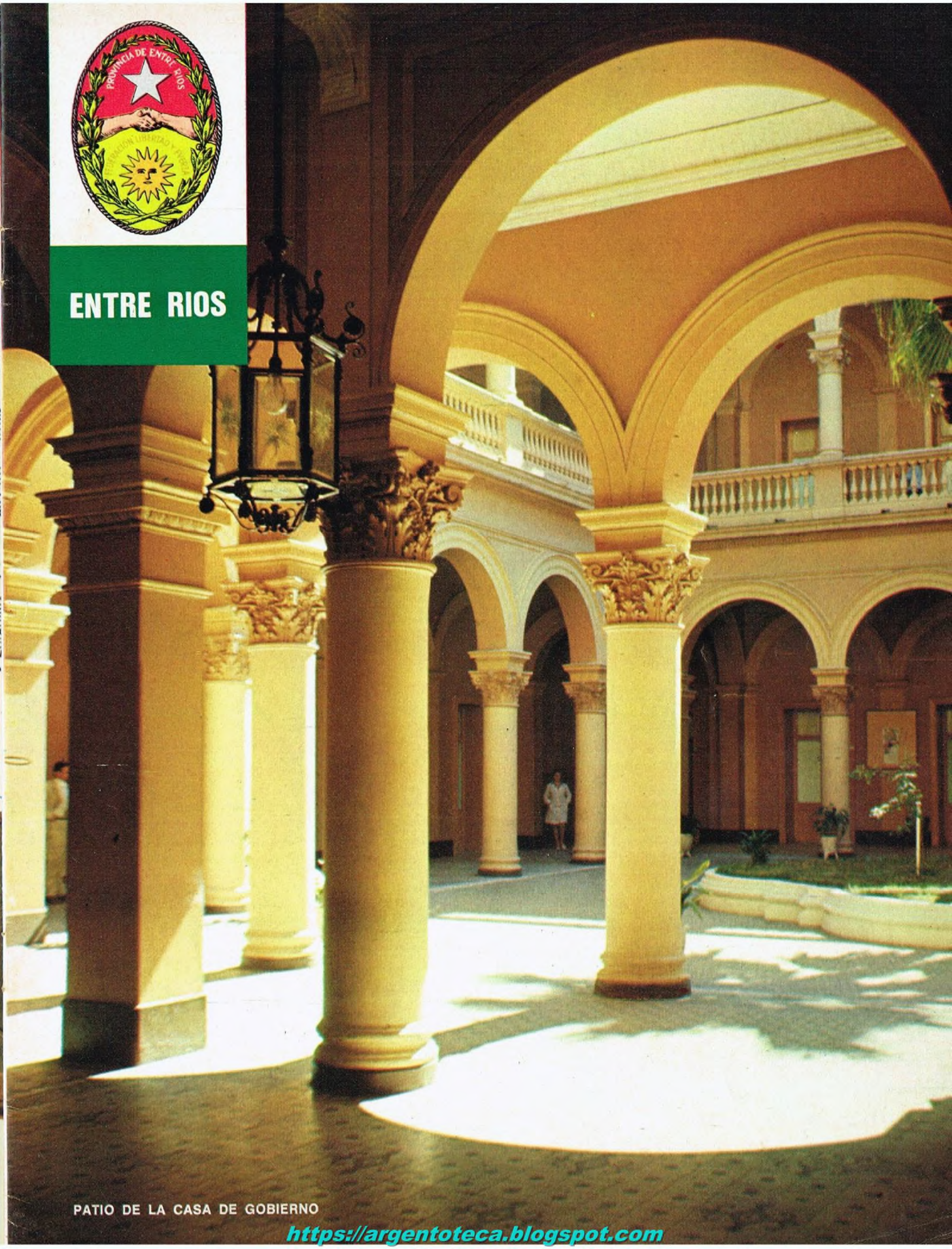
La rueda mayor giró y el grano empezó a derramarse como lluvia dorada bajo la bíblica bendición del cielo inundado de luz. Interpuso lentamente la mano en la clara cascada de trigo, y así la tuvo mucho tiempo. A su lado, la mujer miraba con avidez y Débora miraba.

—¿Veis, hijos míos? Este trigo es nuestro...

Y por sus mejillas, aradas por una larga penuria, corrieron dos lágrimas, que cayeron, con el chorro de gordo grano, en la primera bolsa de su cosecha...

ALBERTO GERCHUNOFF
Los gauchos judíos

Alberto Gerchunoff (1883-1950), periodista y escritor argentino nacido en Rusia, inmigró desde muy niño a la colonia agrícola judía de Villaguay. Evocó en sus obras los trabajos y el paisaje del campo entrerriano.



PATIO DE LA CASA DE GOBIERNO



En el Delta nadie lo ignora; cuando el río crece es imperativo llevar todos los animales a las tierras altas.

El hombre detiene su vehículo. Paga desde la ventanilla, sin bajarse, y reanuda la marcha lentamente. Adelante, una larga hilera de focos ilumina con suavidad el camino perfectamente señalizado. Es el túnel Hernandarias, la arteria más vital de Entre Ríos y toda la Mesopotamia. Unos metros más arriba discurre el Paraná: millones de toneladas de agua en viaje rumbo al sur acariciando mansamente el extenso litoral entrerriano. Con la misma impavidez el río pasa luego frente a Brazo Largo, donde el hormigueo de los hombres y el jadeo de las máquinas preludia la erección de un complejo ferro-vial gigantesco. Un ajetreo similar se registra en la banda del Uruguay, donde otras enormes estructuras de hierro y cemento saltarán pronto el ancho cauce para unir Colón con Paysandú y Gualeguaychú con Fray Bentos.

Con ese cuadro, hoy real y tangible, soñaron durante décadas millares de entrerrianos, cansados de soportar una incomunicación que asfixiaba a la provincia convirtiéndola en un compartimiento estanco. Todavía, empero, cada vaivén del río altera por completo el ritmo económico de una región privilegiada como pocas y definida por rasgos inconfundibles. Ni la chatura de la pampa ni los ariscos perfiles cordilleranos integran la personalidad física de Entre Ríos; el suyo es un paisaje de lomadas suaves, arroyos múltiples y bosques que se erizan de agresividad en la selva montielera o inundan de verdor las bravas islas del Delta. Claro que no es sólo pintoresquismo lo que encierra esa geografía: sobre los campos aparece el resultado del duro esfuerzo que despliega el pueblo entrerriano. El ganado pasta por millares en las praderas extensas, los cultivos florecen sobre los declives apacibles de las cuchillas, y en la banda del Uruguay proliferan las comarcas frutales, base de una industria que comparte su pujanza con molinos y frigoríficos. Una palabra mágica —energía— empieza a transformar paulatinamente la cara del campo, multiplicando posibilidades y ganando para las bombillas eléctricas el lugar que supo ocupar antaño el candil a sebo del gauchaje.

A mucho más aspiran los entrerrianos para cuando derroten por completo el cerco de agua que puso frenos a su integración con el resto del país y determinó el rumbo de su historia, marcada por la inclinación federalista de todos sus caudillos. Precisamente a ellos debe Entre Ríos el nítido perfil con que se plegó a las luchas intestinas del país. Todas las crónicas, todos los combates, todas las tragedias del pasado provincial tuvieron como motor el fervor federalista que animó siempre a la entrerrianía y la llevó a ser protagonista de primer plano en la vida nacional.

Ahora se dirige a recuperar ese puesto superando su letargo. Pero con armas diferentes a las que esgrimieron sus aguerridos montoneros durante el siglo pasado. La nueva era lleva el signo anhelado de los puentes y de los caminos, de las fábricas y de los cultivos. En *Argirópolis,* Domingo Faustino Sarmiento confiesa: "Nunca pudimos echar una mirada distraída sobre la carta del Río de la Plata, sin que los ojos se sientan atraídos, irresistiblemente, por la sorprendente disposición de Entre Ríos para convertirse en



El Paraná, imponente, señorea en el horizonte de varias ciudades importantes, incluida la capital provincial.

el país más rico del Universo". Ricardo Rojas afirmó que la provincia era algo así "como una isla con periferia propia de riberas fluviales". La pintura es exacta, sólo que el trabajo del hombre está modificando esas características. Con cada día que pasa, Entre Ríos afirma un nuevo rostro que empuja hacia la historia el aislamiento que la castigó durante décadas.

CHARRUAS BRAVOS, CONQUISTADORES DUROS

Ajenos por completo a las divisiones territoriales que más tarde establecería el blanco, los primitivos pobladores de Entre Ríos ocupaban zonas de límites bastante elásticos: algunos se extendían sobre ambas márgenes del Paraná y el Uruguay, otros penetraban hasta la vecina Corrientes. Actualmente la etnología los incluye dentro del denominado "grupo indígena del litoral", una calificación que abarca varias parcialidades fuertemente influidas por la raza guaraní. Al norte del arroyo Feliciano, recostados sobre el Paraná, vivían los mepenes y los mocoretás, posibles parientes cercanos de los guaycurúes chaqueños. Más al sur se entraba en el territorio de los chanás y mbeguás, que poblaban un gran sector de las islas del Delta. El país de los bravos charrúas, en cambio, estaba en el nordeste de la provincia, en las inmediaciones del río Uruguay. El manejo habilidoso de arcos, flechas y macanas era privilegio de todos, igual que la facilidad para desplazarse por los ríos utilizando frágiles pero rápidas piraguas de tronco ahuecado. Expertos en la caza y la pesca, los entrerrianos primitivos no se dedicaban demasiado a la agricultura ni fueron grandes alfareros: son pocos los vestigios materiales que dejaron después que las guerras y el mestizaje precipitaron su extinción. Se sabe que se vestían con pieles o plumas que conseguían, en trueque, de los guaraníes. Quienes moraban cerca de albardones y lagunas solían hacer sus chozas con juncos y totoras, materiales más que suficientes para soportar el benigno clima de la región. De todos modos, el principal testimonio de la dominación que ejercieron los indios en el territorio es la toponimia, patentizada en decenas de nombres musicales que bautizan árboles, pájaros, ríos, arroyos y parajes.

Para don Juan de Garay, que poco después de fundar la primitiva ciudad de Santa Fe —en 1573— cruzó el río y tomó posesión de una gran extensión, los indios de Entre Ríos no eran una leyenda sino una amenaza concreta. No tuvo, sin embargo, demasiados problemas con ellos: exploró una extensa región y distribuyó generosamente las tierras entre los vecinos de Santa Fe. Faltaba iniciar el poblamiento efectivo del vasto dominio, empresa que inició en 1607 Hernando Arias de Saavedra encabezando una expedición que sostuvo varios choques con los naturales. Comenzó así un largo capítulo, festoneado de combates, tratados con caciques y fundación de reducciones, que concluyó con el ocaso total de la población aborigen. Símbolo de ese proceso resulta hoy el Cerro de la Matanza, en las cercanías de Victoria, donde al promediar el siglo XVIII fueron destruidos los últimos contingentes de indios charrúas, la raza que ofreció más resistencia al avance blanco.

De todos modos no es la lucha

contra el indígena lo único que caracteriza el Entre Ríos colonial: durante todo ese período hubo problemas de jurisdicción que alteraron a menudo los nervios de los gobernantes. Por muchos años los estancieros santafesinos utilizaron libremente las tierras del otro lado del río para la cría de ganado. La situación los enfrentó varias veces con los correntinos, que solían realizar vaquerías en la región. Algunos ganaderos porteños, mientras tanto, también salían a cazar el ganado cimarrón que pastaba en Entre Ríos: una Real Cédula expedida en 1672 los autorizaba para hacerlo. En 1770 una expedición comprobó que los portugueses se dedicaban a sacar caballos de la región. Completaba el panorama una trashumante y dispersa población compuesta por indios, mestizos y criollos precursores del gaucho, que carneaban reses para vender los cueros, contrabandeaban cuando podían, y otras veces vivían de la caza o de la rapiña; Entre Ríos era una especie de tierra de nadie sin autoridad que impusiera reglas de convivencia. En 1783 el capitán Tomás de Rocamora se encargó de poner un poco de orden y, además, fundó las poblaciones de Gualeguay, Concepción del Uruguay y Gualeguaychú, tres vecindarios que habían ido creciendo en los años anteriores alrededor de estancias y viejas capillas.

LA CIUDAD QUE NADIE FUNDO

Un proceso similar había dado origen a la Bajada del Paraná, villorrio situado frente a Santa Fe. El lugar se empezó a poblar hacia 1650, cuando algunos santafesinos cruzaron el río y se afincaron sobre las elevadas barrancas que dominaban el Paraná. El caserío creció lentamente, pero en 1729 ya era tan importante como para que el gobernador del Río de la Plata ordenara construir un fuerte. Un año más tarde —el 23 de octubre de 1730— el Cabildo porteño creó la parroquia "de la otra banda del Paraná" dándole un impulso definitivo a la población, que un siglo después ya era centro vital de la ganadería entrerriana. Juan Parish Robertson, que pasó por allí hacia 1813, estampó en un libro sus impresiones: "Encontré el pueblo de la Bajada situado al pie de una barranca altísima, pero suavemente inclinada (...). Pudiera haberse llamado el Gólgota del ganado, porque estaba el terreno cubierto no solamente de cráneos sino también de osamentas. Estaba completamente rodeada por mataderos y corrales; o mejor, en vez de estar éstos rodeando la villa constituían parte de ella (...). El aire en aquellos corrales estaba casi oscurecido por las aves de rapiña. Caranchos, chimangos y gaviotas aleteaban, rondaban y describían círculos en el aire sobre las reses muertas".

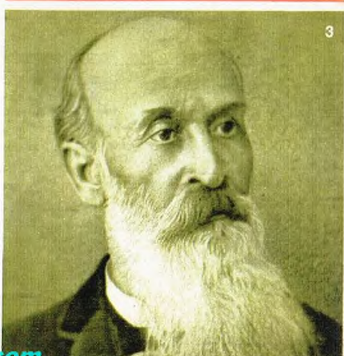
En 1855 el norteamericano Thomas Page contempla una ciudad completamente diferente: "Las casas nuevas son todas de ladrillo, revocadas y blanqueadas, y con azoteas que ofrecen un lugar agradable para pasar las tardes y sitio propicio para la coquetería y flirteos de las señoritas; hay familias que se visitan para disfrutar de estos lugares aireados". Sin duda, desde la carnívora visión de Robertson había corrido mucha agua bajo los puentes. Desde 1854 Paraná ostentó con orgullo su cetro de capital de la Confederación Argentina, título que conservó hasta 1861 y constituye el indicio más claro de la importancia que tuvo durante esos siete años. Edificios nuevos, un teatro, varios gringos artesanos, comerciantes y viajeros le forjaron un nuevo rostro a la ciudad, escenario de un permanente ajetreo político y gubernativo. Los vendedores callejeros desaparecieron cuando se levantó un nuevo mercado central, y no tardó en dictarse una disposición que prohibía galopar por las calles, obvia muestra de la madurez urbana paranaense. Sin embargo, el derrumbe de la Confederación convertiría esos esplendores en recuerdos: cuando Buenos Aires recuperó la jerarquía de capital, la antigua Bajada entró en un letargo que se prolongó durante varios años. De todos modos, la ciudad había cumplido con creces un papel de primera importancia en la vida nacional. Prolongaba así la significación que había adquirido la provincia en cuanto el antiguo Virreinato del Río de la Plata se desligó del dominio español y empezó a tentar rumbos para convertirse en nación.

EL SUPREMO ENTRERRIANO

Si bien Entre Ríos no descolló demasiado en la época virreinal, al sonar la hora de las luchas civiles posteriores a 1810 irrumpió en el panorama político argentino conducida sucesivamente por tres caudillos de vigorosa personalidad. Territorio de suaves ondulaciones, bien dotado de pastos y aguadas, con ganado que se multiplicaba sin in-


1


2

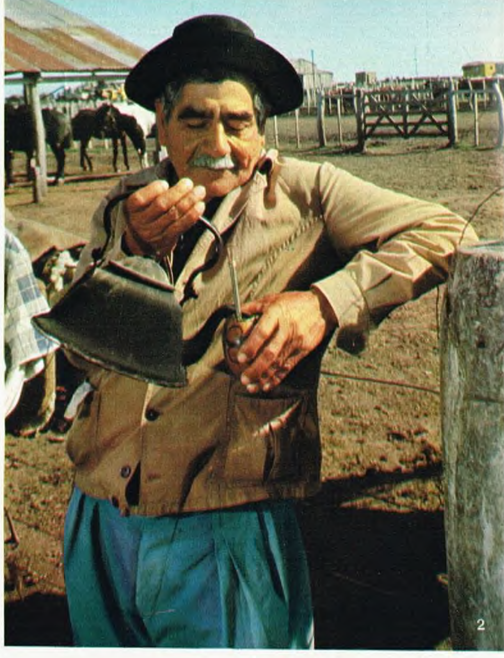

3



Justo José de Urquiza (1) es una de las figuras entrerrianas que alcanzaron mayor dimensión política y militar. Anteriormente había dominado el panorama de la provincia Francisco ("Pancho") Ramírez, que alzó su espada (2) repetidas veces contra el unitarismo, y terminó volviéndola contra su antiguo jefe, José Gervasio de Artigas.

El último gran caudillo de la entrerrianía fue Ricardo López Jordán (3), un federal que inspiró varias rebeliones contra el poder central y cargó con la responsabilidad de haber alentado la eliminación de Urquiza. El vencedor de Caseros pereció a manos de una partida que penetró sorpresivamente en el Palacio San José. Una de las habitaciones que dan al "Patio de honor" de la residencia (4) fue el escenario del drama. Hoy el Palacio San José es uno de los más importantes monumentos históricos del país. Pero no sólo aquí se preservan documentos del acontecer entrerriano. Entre las instituciones consagradas al mismo fin se destaca el Museo del Instituto Osvaldo Magnasco (5).





La vida rural entrerriana es pródiga en escenas que harían la delicia de cualquier pintor paisajista. Eso se comprueba fácilmente transitando los caminos que se apartan de las rutas asfaltadas: allí es común cruzarse con tropillas o carros dedicados al transporte de distintos materiales (1). Alentadas por un medio que no ha perdido sus características fundamentales, las costumbres y las usanzas gauchescas están fuertemente arraigadas en la provincia. Para verificarlo basta visitar los pueblos de la zona rural o conversar con alguno de sus hombres de campo (2). Sin embargo, la oportunidad más propicia para tomar contacto con el Entre Ríos tradicional se da en las fiestas o exhibiciones de destreza gaucha, donde los paisanos demuestran que dominar al caballo es una ciencia familiar para el jinete entrerriano (3).

convenientes, la provincia fue desde el comienzo una "tierra de a caballo", con un recio gauchaje que regó con su sangre el escenario de decenas de combates. El primer nombre que brilló con luces propias fue el de Francisco ("Pancho") Ramírez, un hijo de Concepción del Uruguay que vio la luz en el año 1786. Su carrera militar abarcó una multitud de facetas: fue oficial de cívicos en los tiempos virreinales, organizador de ejércitos en la época de la Independencia y firme defensor de la autonomía de las provincias. Sus aptitudes militares le ganaron el reconocimiento de guerreros notables: el "manco" Paz, Balcarce, Rondeau, Artigas y otros no vacilaron en elogiar su talento. Esas dotes armonizaban con otros aspectos de su personalidad; una dama de la época lo recuerda como "...hombre muy agradable en sociedad, galante con las niñas, pero muy medido y respetuoso". Claro que eso no le impedía desplegar ingentes dosis de valentía en los combates. Fue uno de los principales lugartenientes de Artigas y el indudable sostén del caudillo oriental en la extensa Mesopotamia. Con ese carácter, se batió varias veces con los porteños, hasta convertirse en uno de los puntales del federalismo.

En 1818 asumió el gobierno de Entre Ríos, y dos años después inició con el santafesino Estanislao López la campaña contra el Directorio de Buenos Aires, derrotando a las tropas porteñas en Cepeda y firmando el Tratado del Pilar, base de la organización federativa del país. Ramírez, enemistado con Artigas a raíz de sus deseos por desligarse del padrinazgo que ejercía el caudillo oriental, se rebela contra el que fuera su guía y asume una de sus actitudes más discutidas: enfrenta a su antiguo jefe y lo derrota, eliminándolo para siempre del escenario político. El 29 de septiembre de 1820 Pancho Ramírez proclamó la "República de Entre Ríos" y dos meses después se convirtió en su Jefe Supremo. Era entonces uno de los caudillos más importantes del país, pero ya faltaba poco para que su estrella comenzara a declinar. Esto ocurrió cuando hubo de enfrentarse con una coalición formada por Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires; la campaña tuvo para él un final trágico: el 10 de julio de 1821 fue derrotado en la provincia de Córdoba y, al volverse para auxiliar a su compañera —la célebre Delfina—, lo abatió una bala enemiga.

EL HOMBRE DE SAN JOSE

No mucho antes de la muerte de Ramírez —en 1819—, regresaba de Buenos Aires a su provincia natal el joven Justo José de Urquiza. El mozo contaba 18 años y su padre —rico ganadero— lo inició en el mundo de los negocios, una actividad que pronto alternaría con una carrera militar y política de características brillantes. En 1828 ya era diputado provincial, pero no comenzó a ser figura de relieve nacional hasta que asumió la gobernación, en 1842. Era, con mucho, el caudillo indiscutido de Entre Ríos, y asimismo un avezado militar. Demostró esta condición en varias batallas, sobre todo en la de Pago Largo, cuando derrotó a los correntinos alzados por Berón de Astrada contra Rosas. Urquiza era federal, pero no un incondicional de don Juan Manuel. Como poderoso ganadero y


3

comerciante litoraleño se veía afectado por la hegemonía porteña y fue entrando en contradicción con el régimen rosista. En 1851 lanzó su histórico Pronunciamiento: aceptaba la simbólica renuncia anual del gobernador de Buenos Aires a la dirección de las relaciones exteriores, con lo que se desató la guerra. Punta Gorda —hoy Diamante— vio pasar entre fines de 1851 y principios de 1852 el inmenso "Ejército Grande" organizado por Urquiza: eran 28 000 hombres entre los que se contaban varios millares de brasileños.

Después de la victoria de Caseros, don Justo José llega al apogeo de su carrera: es el jefe militar y político más poderoso de la Argentina. Por medio del Pacto de San José de Flores y del Acuerdo de San Nicolás trata de unificar el país federativamente, organizando el Congreso Constituyente que consagró la Constitución de 1853, pero Buenos Aires frustró esos designios al segregarse. Nació así la Confederación Argentina —con Urquiza como primer presidente—, que se enfrentaría más o menos pacíficamente con la díscola Buenos Aires durante siete años. A la larga, esa coexistencia resultó imposible y los campos de Cepeda, primero (1859), y Pavón (septiembre de 1861) presenciaron el enfrentamiento de las tropas confederadas y porteñas. El ejército federal arrolló también en Pavón a las fuerzas que comandaba Bartolomé Mitre, pero Urquiza asumió una actitud que aún hoy provoca polémicas: se retiró del campo de batalla desconcertando a sus partidarios y regalando el triunfo a los porteños, que festejaron esa victoria inesperada y sacaron de ella un provecho político inestimable.

De resultas de Pavón la Confederación se derrumbó y el país se organizó bajo la hegemonía de Buenos Aires. Urquiza ya no era el mismo: prefería conciliar con los porteños antes que combatirlos; su lucidez le indicaba que podía vencer en el campo de batalla pero no en el de las fuerzas económicas. Esa convicción impulsó un viraje de 180 grados en sus actitudes políticas. El general Peñaloza, que acaudilló en el norte dos alzamientos antiporteños reprimidos a sangre y fuego, esperaba ansioso la ayuda del entrerriano, que lo dejó solo. Cuando el Chacho cayó asesinado, José Hernández le increpó a Urquiza su defección, en términos durísimos.

AMETRALLADORAS CONTRA FEDERALES

Sin embargo, no sería ésa la única actitud discutida del morador de San José; permaneció impasible mientras los brasileños demolían Paysandú a cañonazos, y cuando estalló la guerra de la Triple Alianza no se opuso a ella. Tal proceder no expresaba ya el sentir del pueblo, que desobedeció a su antiguo jefe: dos ejércitos enviados a pelear contra el Paraguay se le desbandaron en Toledo y Basualdo. El final del prócer es significativo: dos meses después de recibir a Sarmiento en San José, tendiendo a su paso un camino de pétalos de rosas, lo asesinó una partida que había penetrado en su residencia al grito de "¡Muera el traidor Urquiza!". Simultáneamente, su mejor lugarteniente, Ricardo López Jordán, se levantaba en armas reivindicando los derechos federales y cargando con la responsabilidad de haber ins-



Cosechar formio es una actividad ocasional de los pobladores del Delta.

pirado el crimen, aunque no la de su autoría.

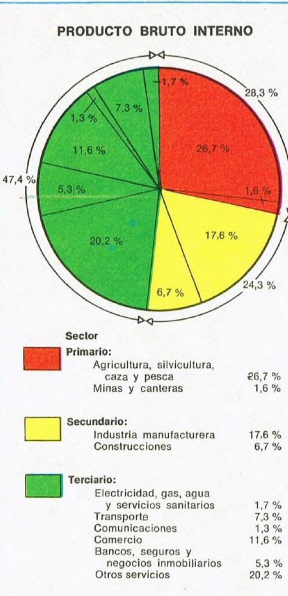
López Jordán es el tercer gran caudillo de la entrerrianía, y acumuló sobrados títulos durante décadas para ostentar esa condición. Era sobrino de Pancho Ramírez, y como buen federal se incorporó desde joven a las luchas que agitaban el país. La historia lo muestra combatiendo en la Banda Oriental en varias ocasiones, participando en casi todas las campañas de las fuerzas entrerrianas y actuando bajo las órdenes de Urquiza como hombre de confianza de éste. La parte más brillante de su carrera la cumplió al enfrentar las pretensiones hegemónicas de Buenos Aires. En noviembre de 1852 su impecable defensa de la plaza de Concepción del Uruguay hizo fracasar la expedición invasora de las fuerzas porteñas, salvando al recién reunido Congreso Constituyente de Santa Fe. En la batalla de Pavón comandó la caballería federal que arrolló el ala derecha del ejército bonaerense. Más tarde, el progresivo deterioro de la imagen de Urquiza, luego de su imprevisible retirada del campo de batalla, acompañó paralelamente al prestigio creciente de López Jordán, que se convirtió en vocero de la oposición provincial a la política desarrollada por Buenos Aires. El "jordanismo" contó con el apoyo cálido de muchos entrerrianos, que se jugaron junto al caudillo en los alzamientos que protagonizó en 1870, 1873 y 1876. Victorias, derrotas, retiradas y reagrupamientos caracterizaron esa pugna, una de las más enconadas luchas civiles argentinas. El fusil Remington y la ametralladora, dos armas nuevas introducidas por el gobierno de Sarmiento, se utilizaron por primera vez en ella: las emplearon las tropas nacionales contra las partidas del rebelde entrerriano. Derrotado, encarcelado, evadido y exiliado en Uruguay, Ricardo López Jordán, el último caudillo de la vieja escuela federal, regresó a Buenos Aires en diciembre de 1888, amparado en un decreto de amnistía. Halló la muerte en la ciudad que tanto había combatido: fue asesinado el 22 de junio de 1889 en pleno centro de la urbe porteña. Su victimario, detenido y procesado, alegó haber procedido en venganza por la muerte de su padre, que atribuía al caudillo federal.

LA VIBORA Y LA CARQUEJA

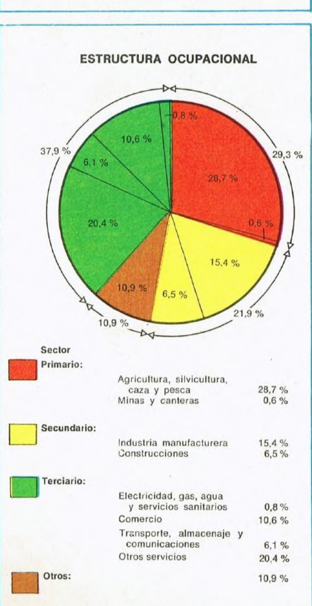
La caballería provinciana demostró en todos los combates su perfección y su destreza, dos cualidades que la hicieron temible y que, por supuesto, no eran fruto de la casualidad. Son famosas las virtudes del jinete entrerriano, acostumbrado a repechar lomadas, vadear arroyos o lanzarse en galopes cuesta abajo recortándose por momentos contra el filo de las cuchillas. Hijos de una tierra gaucha y montonera, los paisanos de Entre Ríos se parecen a sus pares bonaerenses y orientales, pero son diferentes de los dos. Cuando el hombre se afincaba, lo primero que hacía era levantar el rancho: paredes de "chorizo", horcones de ñandubay y techo de paja brava o totora. Una enramada prolongaba la casa, y el corral cercano se hacía de palo a pique utilizando ñandubay y tientos de cuero crudo. Todavía existen cultores eximios de una artesanía que nació —como todas— al calor de la necesidad: el trenzado. Lazos, boleadoras, cintos, caronas, guardamontes, rebenques y cien objetos más salían de las manos encallecidas de tanto sobar tientos.

El manosanta y la curandera —generalmente criollos viejos los dos— eran los únicos capaces de aliviar a los enfermos en aquellas soledades. Así lo reconoció en 1850 el gobierno provincial cuando dejó sin efecto la disposición que prohibía el ejercicio de la medicina popular, argumentando que "... con la separación de los curanderos y curanderas se hallarán sin alivio ni consuelo en sus enfermedades las numerosas familias esparcidas a largas distancias en los establecimientos de campo". Tisanas y mejunjes preparados con saúco, carqueja, cardo santo, penca, palán-palán y otras plantas servían para tratar los males. Sin embargo, el "saludador" —otro personaje que tenía virtudes curativas— no precisaba de esos elementos: le bastaba mojar con saliva a los enfermos, porque una cruz que tenía marcada en el paladar le confería poder saludable. Claro que, si los males no eran físicos, los remedios eran más difíciles de conseguir: lo mejor era precaverse. De ahí que en ciertas regiones, para atraer la buena suerte, algunos vecinos recurrieran al "familiar", una víbora que se procuraba aquerenciar proporcionándole alimentos y tratándola con deferencia.

PRODUCTO BRUTO INTERNO



ESTRUCTURA OCUPACIONAL



PRODUCCION MINERA (1970)

Mineral	Miles de toneladas
Arcilla plástica	40,1
Arena para construcción	308,3
Arena silícea	195,2
Caliza	272,5
Canto rodado	2 658,0
Conchilla	120,3
Piedra partida	53,4
Tosca	152,3
Yeso en piedra	112,4

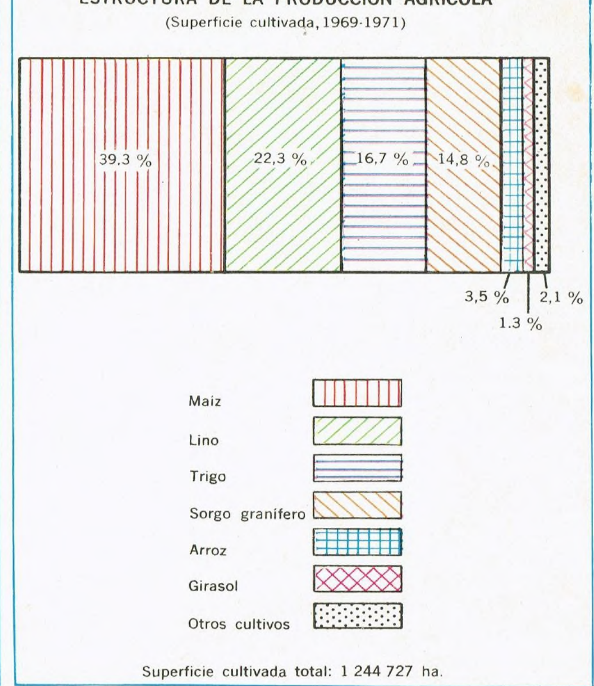
INDUSTRIA DE LOS CITRICOS

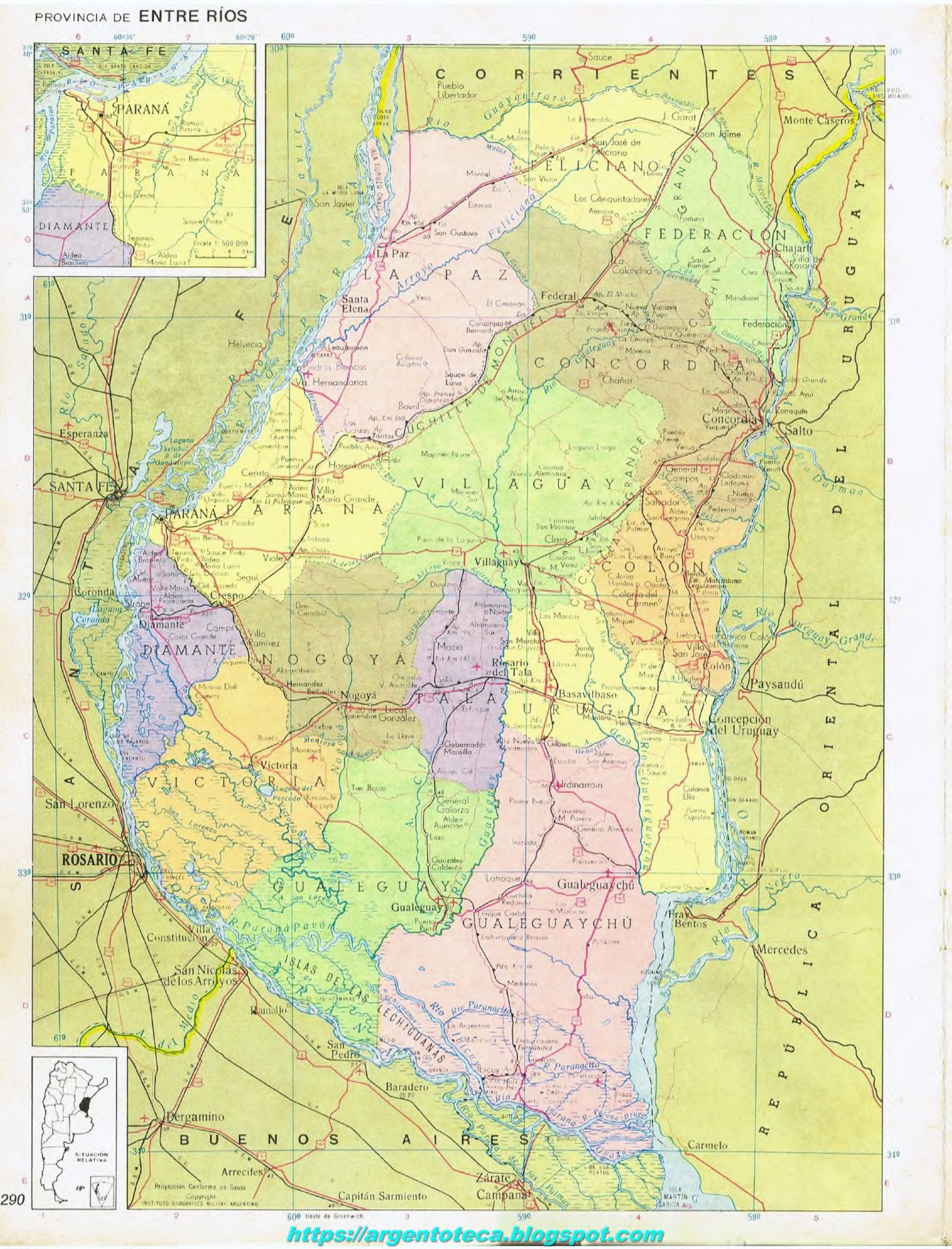
Materia prima: 105 900 tn. de fruta.

	Jugo concentrado (tn.)	Equivalente en jugo natural (tn.)	esenciales Aceites (tn.)
Limón	350,3	2 101,7	13,7
Mandarina	344,5	2 067,3	10,3
Naranja	5 380,2	32 281,3	161,4
Pomelo	2 263,2	13 578,9	26,3
Totales	8 338,2	50 029,1	210,7

Forrajes elaborados (subproducto): 3000,0 tn.

Totales de fruta fresca e industrial:
13 532 195 cajones, equivalentes a 283 149,8 toneladas.




SANTA FE
PARANÁ
DIAMANTE
Escala 1: 500 000
CORRIENTES
FELICIANO
FEDERACIÓN
LA PAZ
CONCORDIA
VILLAGUAY
PARANÁ
COLÓN
NOGOYÁ
TALA
URUGUAY
DIAMANTE
VICTORIA
GUALEGUAY
GUALEGUAYCHÚ
ISLAS DE LAS LECHIGUANAS
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
Monte Caseros
Chajarí
Federación
Concordia
Salto
Paysandú
Concepción del Uruguay
Colón
Villaguay
Federal
La Paz
Santa Elena
San Javier
Helvecia
Esperanza
Santa Fe
Paraná
Coronda
San Lorenzo
Rosario
Villa Constitución
San Nicolás de los Arroyos
Ramallo
San Pedro
Baradero
Pergamino
Arrecifes
Zárate
Campana
Capitán Sarmiento
Nogoyá
Victoria
Gualeguay
Gualeguaychú
Rosario del Tala
Basavilbaso
Fray Bentos
Mercedes
Carmelo
Crespo
Diamante
Situación relativa
Proyección Conforme de Gauss
Copyright Instituto Geográfico Militar Argentino
Oeste de Greenwich

DATOS ESTADISTICOS

Superficie: 78 781 km²

Límites: Norte: Corrientes; Sur: Buenos Aires; Este: Uruguay; Oeste: Santa Fe

Clima: Templado húmedo
Temperatura media: 19,5° C
Precipitación media anual: 1000 mm de lluvia

Población: 811 691 habitantes (censo de 1970)
Densidad media: 10,3 hab./km²
Población urbana: 50 % (aprox.)
Población rural: 50 % (aprox.)

Nivel de escolaridad
Analfabetismo: 12,8 %
Alumnos matriculados en la provincia: 205 402

Enseñanza preprimaria	4 848 alumnos
Enseñanza primaria	156 147 alumnos
Enseñanza media	32 831 alumnos
Enseñanza superior	4 128 alumnos
Universitaria	1 606 alumnos
Extrauniversitaria	2 522 alumnos
Enseñanza parasistemática	7 448 alumnos

Caminos
Red troncal nacional: 2243,5 km
Red primaria provincial: 2113 km
Red de fomento agrícola: 1280 km
Red ferroviaria: 1894,1 km

Energía eléctrica (en centrales de servicio público)

	Por ciento del total nacional
Potencia instalada: 70 839 KW	1,5
Energía generada: 164 100 MWh	0,9
Consumo anual *per capita:* 202 KWh	34,3

Existencias de ganado (1969)
en millares de cabezas

Vacunos:	4 120,0	8,6
Ovinos:	2 048,6	4,6
Porcinos:	74,3	1,8
Equinos:	293,3	
Avícola:	13 152,9	54,6

Teléfonos instalados (Cía. Entrerriana de Teléfonos, 1972): 41 404

Parque automotor (1969)

Automóviles:	35 649	2,5
Camiones:	21 595	3,0
Omnibus:	443	1,5
Totales:	57 687	2,7

Agricultura
Superficie cultivada para cosecha: 1 244 700 ha

Personal ocupado en las explotaciones:	95 911	6,5
Personas que viven en las explotaciones:	188 677	6,8

POBLACION POR DEPARTAMENTO (1970)

Departamento	Población	Total provincial
1. Colón	45 587	5,6
2. Concordia	110 401	13,7
3. Diamante	35 262	4,3
4. Federación	35 725	4,4
5. Feliciano	11 875	1,5
6. Gualeguay	37 952	4,7
7. Gualeguaychú	80 880	9,9
8. La Paz	55 331	6,8
9. Nogoyá	36 553	4,5
10. Paraná	189 537	23,4
11. Tala	23 690	2,9
12. Uruguay	73 720	9,1
13. Victoria	28 737	3,5
14. Villaguay	46 441	5,7
Total de la provincia	811 691	100,0
Proporción sobre el total del país:		3,5

PRODUCCION AGRICOLA (1970-1971)

Cultivo	Superficie cosechada (ha)	Toneladas
Arroz	43 370	209 400
Avena	5 500	3 500
Cebada forrajera	1 144	740
Centeno	50	30
Girasol	15 800	11 400
Lino	277 750	261 700
Maíz	490 500	884 000
Maní	140	100
Sorgo granífero	184 150	395 000
Sorgo azucarado	5 800	8 000
Sorgo sudanés	4 400	5 700
Trigo	207 500	281 000
Uva	64	260
Ajo	80	190
Algodón	200	180
Arveja	27	45
Batata	710	2 900
Cebolla bulbo	190	800
Frutas cítricas:		
Limón		9 300
Mandarinas		105 700
Naranjas		145 500
Pomelos		46 100
Maíz de Guinea	1 085	670
Mandioca	18	55
Melón	95	350
Poroto verde	26	40
Poroto chaucha	23	45
Papa	1 570	6 300
Sandía	1 903	21 880
Tártago	2 270	1 690
Zapallo	362	2 573

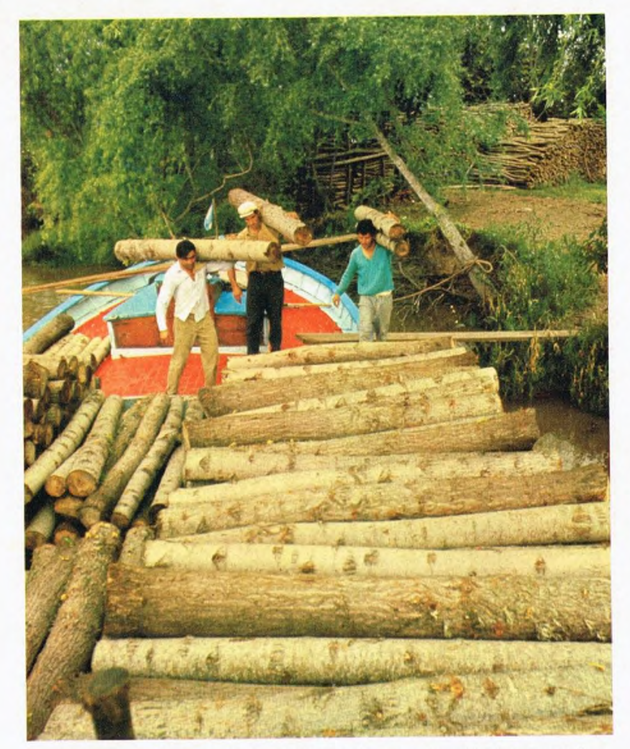
DE LA CAPITAL DE ENTRE RIOS



PARANA - SANTA FE Y ALREDEDORES

ESCALA
En Kilómetros
0 1 2 3 4 5

Div. Cartográfica del A.C.A. Dibujó A. P. Chiappe



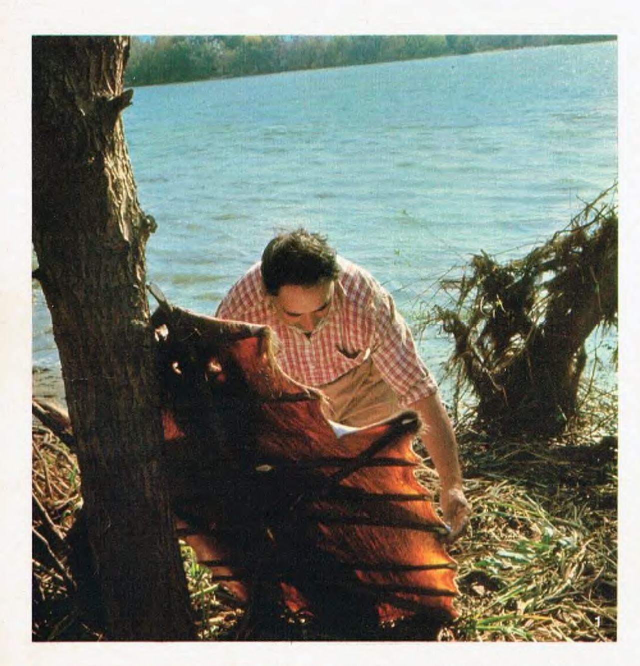
Buena parte de la economía del Delta se basa en la actividad forestal.



Desde luego, no todos eran temores o penurias; también había fiestas. Martiniano Leguizamón recuerda una vieja ceremonia denominada "la minga", algo así como el equivalente agrario de la yerra ganadera. Cuando el chacarero veía madurar las espigas, llamaba a sus amigos para que lo ayudaran a cosechar y después retribuía el servicio con una jarana de primera: pasteles y confituras, asado con cuero, "beberaje en abundancia y un bailecito hasta la salida del sol". En el ámbito pueblerino eran más comunes las serenatas, a menudo una excusa para improvisar una reunión; cuando los cantores empezaban a trinar antes de las diez de la noche, el agasajo posterior era casi obligatorio; en cambio, si los músicos se aparecían a medianoche, se trataba de un homenaje cortés: un saludo pronunciado desde la ventana entreabierta era la recompensa buscada.

UN ABRAZO DE AGUA

"Un fresco abrazo de agua la nombra para siempre", dijo Carlos Mastronardi de su Entre Ríos natal. Se trata de la síntesis poética que define con mayor justeza la principal característica geográfica de la provincia. Dos colosos fluviales, el Paraná y el Uruguay, le marcan los límites este, oeste y sur, separándola de Santa Fe, Buenos Aires y la República Oriental del Uruguay. Al norte, la línea que la divide de Corrientes también está demarcada casi en su totalidad por varios cursos de agua; sólo un cortísimo tramo de confín terrestre impide que la provincia sea otra mesopotamia dentro de la Mesopotamia. Esos límites, trazados hace milenios por la naturaleza, encierran un territorio de maravilla: 78 781 kilómetros cuadrados donde la belleza del paisaje se une a la feracidad extraordinaria de la tierra. La provincia está ubicada entre los 30° 10' y 34° 03' de latitud sur y los 57° 48' y 60° 47' de longitud oeste, pero esos datos áridos —vitales para los geógrafos— cobran vida cuando se observa el hermoso aspecto general de la región, condicionado por la presencia de las célebres cuchillas. La Cuchilla Grande y la Cuchilla de Montiel son las más importantes: penetran desde Corrientes y se abren hacia el este y el oeste como si fueran dos brazos, originando pequeños cordones subsidiarios. Se trata de lomadas chatas y anchas que no sobre-



pasan los doscientos metros sobre el nivel del mar, pero bastan para ondular el paisaje diferenciándolo por completo de la horizontal inmensidad de la pampa; allí todo cobra un tamaño menos gigantesco y las cosas se acercan más a la medida del hombre. En el vértice de la provincia, recostándose hacia el sudoeste, aparece el Delta, hijo directo del Paraná. El gran río abandona en Diamante las elevadas barrancas que flanquean su margen entrerriana y se interna en un enorme dédalo de islas. Millares de riachos y canales dibujan entonces una filigrana de aguas rojizas que se expande o se reduce al compás de las crecidas.

EL PAIS DE LOS MATREROS

Según los estudiosos, el Delta empezó a nacer hace unos 150 000 años. Y todavía no ha terminado de crecer, porque avanza hacia el sur amontonando sedimentos que después se consolidan en islas. A veces la furia del río borra un islote para formarlo más lejos. O arrastra un inmenso camalote por decenas de kilómetros hasta desmenuzarlo. Es un mundo cambiante, donde sólo las islas más antiguas están seguras de su firmeza, aunque no se salvan de ser roídas paulatinamente por las aguas. Por esa y otras razones, no resultó sencillo establecer la superficie de la zona. Se sabe que el del Paraná figura entre los deltas más grandes del mundo, junto con los del Nilo y del Ganges. Y que el sector entrerriano es el de mayor extensión: abarca unos 9500 kilómetros cuadrados e incluye a las Lechiguanas, el conjunto de islas más numeroso. Son casi quinientos los brazos importantes que discurren entre islas y pajonales, y la memoria no le alcanza a nadie para acordarse de todos sus riachos y canales.

Impresionado por su belleza y la tremenda fertilidad de su suelo, Marcos Sastre llamó al Delta *El tempe argentino*, forzando una analogía con el célebre valle griego. Fray Mocho, entrerriano y más husmeador de las miserias humanas, lo calificó de modo muy distinto: *El país de los matreros*. El porqué lo estampa con claridad al describir minuciosamente la dura ley del más fuerte, que regía sobre esa población trashumante de nutrieros, pescadores y contrabandistas que hicieron del Delta un mundo aparte. Porque en las islas las jurisdicciones pierden a menudo su sentido. Allí donde todo se parece y es distinto, donde los albardones se asoman apenas para dejar asentarse un rancho, donde el camalotal se enreda a veces con las raíces peladas de algún árbol costero y queda varado hasta convertirse en isla, no existen muchas diferencias notables. El río es el gigante que lo domina todo. El forma y borra las islas a su antojo, se diluye en los canales hasta parecer tranquilo, o se encrespa en las crecidas inundando el horizonte. Más vale ser su amigo y aprender a respetarlo: suman miles las historias trágicas de los que creyeron dominarlo fácilmente. Por eso el vasto mundo de las islas encierra dramas y secretos. Sobran los relatos de pioneros que dejaron la vida en plantaciones arrasadas por un mes de inundación. Y los de nutrieros que se internaron en ese laberinto para no reaparecer nunca más, tragados por el misterio. También se manifiesta la otra cara de la moneda: el trabajo que gene-

UNA IMPLACABLE PERSECUCION

Tiempos hubo en que carpinchos, nutrias y lobitos de río retozaron libremente en el Delta entrerriano y en otros puntos de la provincia, a menudo contemplados por algún guazuncho que se acercaba a beber con su proverbial timidez de venado. Actualmente, esos animales están casi extinguidos. Algo similar ocurre con el yacaré, el zorro de monte y el gato montés, que subsisten en algunos pocos sitios. En casi todos los casos el motivo de la desaparición es uno solo: la persecución implacable desatada por el hombre. Por eso los mamíferos que más abundan en Entre Ríos son las comadrejas overa y colorada, los zorrinos y diversos roedores. Menos castigado resultó el reino de las aves, que muestra aún una extensa variedad de especies; la lista incluye biguás negros, grises y blancos; patos criollos, silbones y siriríes; gansos, chajás, caranchos, gallaretas, cuervos, halcones, carpinteros, lúgubres lechuzones, gráciles picaflores y muchos otros. El mayor de todos es el ñandú, escrupulosamente protegido por medidas conservacionistas, igual que las garzas, flamencos y cisnes. Sapos y ranas pululan por millones en los bañados y zonas inundables, y entre los reptiles figuran numerosas culebras que el ojo inexperto tiende a confundir con las temibles corales, yararás y cascabeles.

2

3





Un personaje típico de la región deltaica, el trampero (1), tiende el cuero de un carpincho, involuntaria víctima de su vistoso pellejo. Capturarlo le exigió desplegar toda su ciencia de cazador. El poblador de las islas es rudo y habilidoso, y está perfectamente adaptado al medio. Lo mismo ocurre con los pescadores (2) y aun con los famosos "gauchos judíos" y demás descendientes de gringos (3). Hijos y nietos de inmigrantes (4) perpetúan los rasgos de sus mayores pero están, como ellos, totalmente adaptados.





Sobre el puerto de Diamante se perfila la silueta de un elevador de la Junta Nacional de Granos (1). Las condiciones naturales de Entre Ríos apuntalaron el temprano desarrollo de una estructura económica basada en la agricultura, la ganadería y los puertos. Los nuevos tiempos, sin embargo, tornan indispensable romper el aislamiento insular de la provincia con obras como el túnel subfluvial, el puente Colón - Paysandú (2), el complejo ferrovial Zárate - Brazo Largo, etcétera. Aun así, nada hace suponer que la riqueza pecuaria deje de ser uno de los pilares de la economía. Las ferias ganaderas (3) seguirán realizándose por largo tiempo.

TIERRA DEL TALA Y EL ÑANDUBAY

Para los botánicos, la flora entrerriana integra el denominado "Parque mesopotámico". Para quien recorre la provincia sin afanes científicos, en cambio, la vegetación resulta difícil de abarcar en una sola definición, sobre todo si se toman en cuenta sus variaciones. La selva de Montiel es la más célebre formación vegetal, pero como fue intensamente explotada durante siglos, poco a poco cedió territorio. Sin embargo, cubre todavía varios miles de kilómetros cuadrados con talas, coronillos, chañares, pencas, espinillos y tunas, que a menudo entrelazan su agresividad para impedir el paso. Son árboles aptos para sobrevivir en ese ambiente semiseco, donde también crecen el quebracho blanco y el caranday, una palmera típica de las zonas poco húmedas. El ñandubay, intensamente perseguido por la utilidad de su madera, ha desaparecido por completo de extensas regiones, igual que otras especies aprovechadas para elaborar carbón, proveer leña, postes y otros múltiples usos.

La contraparte de los paisajes vegetales secos está en el delta entrerriano, cuyo sector norte está poblado de sauces, ceibos y alisos de río que se elevan sobre los juncos, cortaderas, totoras y pajas bravas que tapizan el terreno. En las islas situadas al sur se da una flora más variada, que en algunos lugares forma el denominado "monte blanco", es decir, una asociación de lapachos, laureles, canelones, pandós, curupíes y otros árboles, entrelazados por enredaderas, helechos y plantas de estirpe subtropical. En muchos sitios el "monte blanco" dejó paso a plantaciones de frutales, álamos, sauces y hasta mimbres, que variaron por completo el paisaje deltaico. No ocurre lo mismo en las extensas praderas y sabanas de la provincia; allí siguen imperando, como antaño, las gramíneas, interrumpidas a veces por pequeños bosques que muestran más diversidad cuando están próximos a los arroyos y los ríos. A despecho de su escasa utilidad forestal y comercial, dos especies que crecen orgullosamente apartadas del resto caracterizan mejor que ninguna la belleza del paisaje entrerriano: el ombú, gigantesco y solitario en el sur, y el yatay, la elegante palmera que forma hermosos bosquecillos cerca de Colón.

ra riqueza donde antes sólo crecía la maraña desordenada de los ceibos y los sauces. De cualquier modo, la conquista del Delta ha sido siempre dura: desde hace siglos devora esfuerzos, aunque a veces los retribuye. Otras, el río doblega las voluntades más firmes como si fueran de mimbre, apelando a su recurso más temido: la creciente. La de 1905 cubrió por completo la vasta región, que prolonga algunas de sus características formando inmensos esteros y bañados sobre las tierras firmes del este.

VIENTO BRAVO EL DEL NORTE

No es, claro está, el único sector bien irrigado: se calcula que por el suelo entrerriano discurren cerca de dos mil ríos y arroyos, cifra que hace verosímil aquel aserto de que en la provincia "cada estancia tiene su propio arroyo". Por eso, el mapa hidrográfico de Entre Ríos se asemeja a una densa telaraña cuyas nervaduras principales serían los ríos Gualeguay y Gualeguaychú y los arroyos Feliciano y Nogoyá. Antes de morir en el Paraná o en el Uruguay los cuatro reciben el



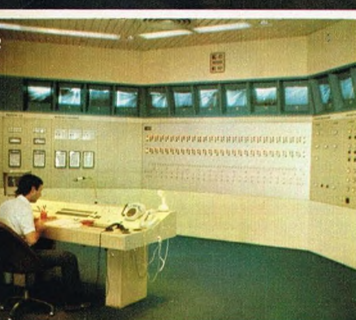
aporte de innumerables cursos menores que se despliegan siguiendo los desniveles de las lomadas.

Lluvias generosas se encargan de alimentar ese sistema regando abundantemente el territorio durante todo el año, aunque su intensidad disminuye en el invierno. Los registros demuestran que las precipitaciones son más abundantes en el este —1100 mm— y algo más escasas en el sudoeste —900 mm—, fenómeno que se relaciona estrechamente con la dirección de los vientos. Las sudestadas penetran por el sur originando lluvias en todo el Delta, mientras que el pampero —frío y seco— sopla desde el sudoeste provocando bruscos descensos de temperatura; los pobladores lo reciben con alivio, sobre todo si en los días anteriores soportaron el aliento caliginoso y húmedo del viento norte, que tiene una asombrosa aptitud para suscitar accesos de mal humor y tensión nerviosa. No obstante, los registros de temperatura indican que Entre Ríos es una provincia de clima templado y agradable. En verano el promedio es de 26 grados, aunque las máximas a veces se elevan a 40° C y precipitan multitudes ciudadanas hacia todos los balnearios. El invierno también es suave: depara promedios de trece grados y sólo excepcionalmente se registran temperaturas inferiores a cero. La única preocupación invernal se debe a las frecuentes heladas, enemigas mortales de los cultivos. De todas maneras, tanto el clima como el suelo y la topografía caracterizan un ambiente por demás propicio a la actividad humana. Semejante benignidad constituyó siempre uno de los factores que más favorecieron el poblamiento de la provincia.

GAUCHOS, GRINGOS Y JUDIOS

Actualmente Entre Ríos tiene 811 691 habitantes, cifra que representa una densidad de 10,3 habitantes por kilómetro cuadrado. Ese promedio, obviamente, deja de tener sentido en las áreas urbanas, donde se aglomeran los mayores porcentajes de población, aunque no en forma abrumadora. La urbe más populosa es Paraná, que concentra poco más de 130 000 habitantes; la escoltan Concordia, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay, pertenecientes todas a la banda del río Uruguay. Entre las ciudades no litoraleñas las más pobladas son Villaguay y Gualeguay, aunque ninguna de las dos cuenta con más de 25 000 almas. En términos generales, Entre Ríos es una provincia que expulsa población; se calcula que unos 300 000 entrerrianos se encuentran fuera de su provincia natal, concentrados principalmente en Buenos Aires y su conurbano. No se trata, como en otros casos, de un éxodo rural: más bien son los habitantes de las ciudades quienes cambian una urbe por otra mayor. El fenómeno no se reproduce en escala provincial, porque, si bien los habitantes tienden a aglomerarse en los centros urbanos, el campo no se despuebla en la proporción que se registra en otras provincias. Esto se debe directamente a las características del interior, sembrado de pequeñas localidades sin pretensiones de urbe, pero que concentran la actividad económica de extensas comarcas agrícolas y ganaderas.

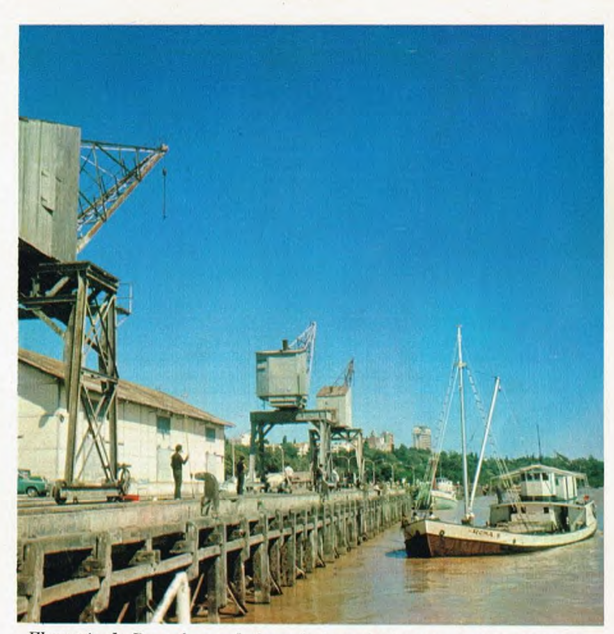
Buena parte de esos pequeños





El túnel subfluvial "Hernandarias" (1) es una maravilla de la ingeniería. El tramo entubado mide 2939 metros, y la profundidad máxima con respecto al nivel medio del río es de 32 metros. En la sala de comando (2) se refleja el funcionamiento del complejo sistema de control y seguridad. La obra multiplicó el ritmo de la capital entrerriana, que muestra su cara tradicional en el viejo edificio de la Municipalidad, ubicado junto a la céntrica plaza Primero de Mayo (3).

núcleos urbanos —y también algunas ciudades— surgieron como resultado del proceso de colonización que experimentó Entre Ríos. El iniciador de esa etapa fue Urquiza, que impulsó con distintas medidas la afluencia de inmigrantes, incluso cediendo tierras de su propiedad para el asentamiento de los colonos. De esa forma la provincia protagonizó un verdadero *boom* demográfico: en 1850 tenía menos de cincuenta mil pobladores, y cincuenta años después totalizaba casi 350 000. Muchos de ellos eran gringos de las más diversas procedencias: alemanes, suizos, italianos, vascos, polacos, rumanos, rusos... De Rusia y otros puntos llegaron muchos judíos, que al afincarse y adoptar los usos y costumbres del campo entrerriano protagonizaron un fenómeno cultural de características inéditas en otras regiones del país: el de los "gauchos judíos", como certeramente los bautizó Alberto Gerchunoff. Como chacareros, tamberos o labradores, los gringos rompieron el monopolio que ejercía hasta ese entonces la actividad ganadera, ocupación gauchesca por excelencia. Los alemanes introdujeron la avicultura, los italianos la explotación de cítricos, los suizos las tareas de granja, y todos ellos fueron cambiando así el aspecto del campo entrerriano.



El puerto de Paraná, uno de los más importantes que tiene la provincia.

ADIOS, BALSAS

El trazado de los ferrocarriles contribuyó decisivamente al éxito de la colonización. El primer ramal fue tendido en 1866 desde Gualeguay a Puerto Ruiz, y los bufidos de "La Solís" —la locomotora pionera— iniciaron un capítulo nuevo en las comunicaciones provinciales. Después fueron surgiendo nuevos tramos, hasta que en 1908 la red ferroviaria entrerriana, autónoma por entonces, se conectó con la bonaerense mediante el establecimiento del transbordador o *ferry* que unió Puerto Ibicuy con Zárate. Hoy, los rieles entrerrianos totalizan casi 1900 kilómetros y unen las principales ciudades de la provincia; son, además, pieza importante en el sistema que vincula a Buenos Aires con toda la Mesopotamia y con el Paraguay. Completan el panorama de las comunicaciones terrestres más de 2700 kilómetros de rutas pavimentadas, enripiadas o mejoradas. El resto de los caminos, unos 7000 kilómetros, es de tierra, y su trazado complementa la red troncal dibujando una apretada malla en la parte media de la provincia. Aun así, la infraestructura vial necesita ser ampliada y mejorada porque debe satisfacer exigencias cada vez mayores; a ello se debe que las pesadas maquinarias viales estén trabajando permanentemente, ya sea pavimentando accesos, trazando nuevos caminos secundarios, mejorando tramos enripiados o —como en el caso de la ruta nacional 14— reconstruyendo una carretera en toda su extensión. Lo imponen las crecientes necesidades del trasporte: por los caminos entrerrianos circulan anualmente casi cuarenta millones de toneladas de carga, cifra que aumenta sin cesar desde que la provincia empezó a romper su aislamiento.

El 13 de diciembre de 1969 se produjo un hecho largamente esperado por Entre Ríos y toda la Mesopotamia: la inauguración del túnel subfluvial Hernandarias, ese largo tubo de cemento que hoy atraviesa sencillamente la formidable barrera que representó el Paraná. La obra fue la primera en romper el fuego contra el aislamiento insular que afligía a los entrerrianos, pero no será la última. Pronto se le sumará el complejo ferrovial Zárate-Brazo Largo, un puente colosal que saltará sobre el Paraná completando la definitiva conexión de la provincia con el resto del país. Mientras tanto, los antaño vitales servicios de balsa que unen Victoria con Rosario, y Zárate con Brazo Largo, viven sus postreras etapas. No tardarán en ser relegados a un absoluto segundo plano, como ocurrió con el servicio Santa Fe-Paraná, hoy utilizado sólo por automovilistas curiosos y por los camioneros que trasportan materiales explosivos o inflamables, cuyo tránsito por el túnel está prohibido. Un ocaso similar experimentará el sistema de balsas que comunica Colón con la vecina ciudad uruguaya de Paysandú cuando se concluya el puente internacional que unirá las dos localidades. La finalización de las obras permitirá integrar paulatinamente un amplio sector de la provincia con las vecinas tierras orientales. En el mismo plano se inscribe el proyecto que prevé otro puente más, en este caso entre Puerto Unzué y Fray Bentos.



Plaza Central de Concepción del Uruguay. Está flanqueada por el Cabildo y la Catedral, dos viejos edificios.

LUZ AL CAMPO

A pesar de la construcción acelerada de obras que multiplican el tránsito terrestre, Entre Ríos sigue siendo una provincia de puertos. Lo fue siempre gracias a la navegabilidad de los cauces que la circundan. Por el Uruguay, los buques de ultramar pueden llegar hasta Concepción, mientras que los barcos de calado medio atracan sin mayores inconvenientes en los muelles de Concordia. También Colón dispone de instalaciones portuarias, pero allí el principal movimiento es el de las balsas que comunican la ciudad con su gemela Paysandú. En Gualeguaychú, por su parte, la figura esquelética de las clásicas grúas se yergue junto al río homónimo, navegable desde allí hasta su desembocadura en el Uruguay por embarcaciones de porte mediano.

El Paraná es la otra gran arteria fluvial de la provincia: permite la navegación en todo su tramo entrerriano, aunque los barcos de ultramar sólo llegan hasta Bajada Grande, cuatro kilómetros arriba de la capital. Paraná, Victoria, Diamante y —en el norte— La Paz, son las principales estaciones que presenta la escarpada costa paranaense de Entre Ríos. Puertos de menor importancia se asoman sobre los brazos que surcan la región del Delta. Claro que actualmente la abundancia de puertos no corre pareja con el movimiento que se registra en ellos. Con respecto a épocas anteriores, el tráfico fluvial ha disminuido en forma notable, situación que provocó un vertical descenso de la actividad portuaria de cargas y pasajeros. No sucede lo mismo con las comunicaciones aéreas, que tienen como eje principal los aeródromos de Paraná, Concordia, Concepción del Uruguay y Gualeguaychú. Además, casi todas las capitales departamentales cuentan con instalaciones que permiten un movimiento aéreo regular, y en muchas otras localidades hay pistas aptas para el despegue y aterrizaje de aviones pequeños.

En materia energética, el panorama tiende gradualmente a ser halagüeño. La potencia instalada en la provincia se eleva a 70 839 kilovatios, y la producción anual ronda los 170 millones de kilovatios-hora; por el momento, la totalidad de esa energía es generada en centrales térmicas. Los entrerrianos esperan modificar esa situación cuando se concrete la construcción de la represa Salto Grande, ese proyecto argentino-uruguayo tantas veces postergado, que contempla el aprovechamiento del inmenso potencial hidroeléctrico del río Uruguay. Entre tanto, la provincia exhibe ante el país una realidad de proyecciones excepcionales: su plan de electrificación rural. Sobre todo porque el proyecto —dotar de energía eléctrica a 1 200 000 hectáreas— ha concretado un plan teórico en realización palpable: más de 200 000 hectáreas disponen ya de electricidad. Las viejas lámparas de queroseno agonizan definitivamente ante la presencia fulgurante de las clásicas bombitas. Sin embargo, no es ésa la virtud principal del tendido de líneas; mayor importancia reviste la electrificación del agro en una proporción del veinticinco por ciento de su superficie cultivada. Entre otras cosas, ello significa que el campo entrerriano agregará un motivo más de asombro a esa fertilidad que despertó siempre admiración y que hoy lo coloca entre los más productivos del país.

LA MUERTE DE PANCHO RAMIREZ



A partir del año 1820 y por un largo período el país se sumergió en la anarquía. Víctimas de este desconcierto institucional, los territorios provinciales se dividieron en dos bandos definidos: sus gobernantes se volcaron, o bien por un apoyo incondicional al gobierno central, con sede en Buenos Aires, o bien por una oposición férrea al monopolio político y económico que se quería imponer desde la ciudad portuaria. Las divergencias, claro está, se dirimieron en los campos de batalla. Una sucesión de combates entre ejércitos representativos de ambas tendencias fue el resultado de la enconada oposición. No cabe duda de que Pancho Ramírez, el caudillo entrerriano, fue uno de los más fervientes defensores del por entonces incipiente federalismo. Para acabar con su prédica y su acción acordaron unirse tres provincias: Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe. El plan de sus respectivos gobernadores consistió en rodear a Entre Ríos. Pero el molesto caudillo se les adelantó. Haciendo gala de un ingenio guerrero poco común y confiado en el poderío de sus fuerzas, Ramírez (dejando en el cargo de gobernador a su medio hermano Ricardo López Jordán) partió hacia Santa Fe. Concentró sus batallones en Diamante, cerca de la frontera interprovincial, y envió al comandante Anacleto Medina hacia Coronda, donde debía enfrentar a una fuerza del gobernador santafesino Estanislao López. Principiaba mayo del año 1821 y Medina lograba la primera victoria entrerriana. Se reunió luego con el caudillo. Ambos, al mando de sus respectivas tropas, se trasladaron a un punto situado frente al riacho Las Barrancas, donde batieron a Lamadrid, que encabezaba una fuerza porteña. Mientras tanto, el coronel Romualdo García (cuyo segundo era el coronel Lucio V. Mansilla) partía hacia la ciudad de Santa Fe con el objeto de ocupar el mayor bastión de Estanislao López. La ciudad no ofrecía resistencia; sin embargo, García dio media vuelta y retornó a Entre Ríos. El general Paz atribuyó luego este retroceso a un entendimiento entre Mansilla y López.

El traspié modificó radicalmente el hábil plan de Ramírez. Las tropas de Estanislao López, libres de la presión que ejerciera García, se aproximaron peligrosamente hasta el cuartel general del Supremo Entrerriano, cuyas fuerzas estaban muy disminuidas por un segundo combate con Lamadrid en el que también había vencido.

El encuentro decisivo no tardó en producirse. Los escasos 400 hombres de Entre Ríos debieron ceder terreno. El general Paz calificó esta victoria de Estanislao López como "uno de esos hechos casuales que dan la victoria al que menos la merece". El militar cordobés atribuye la derrota a un error psicológico más que táctico. Comenta que los santafesinos "eran excelentes en ese combate casi individual a que ellos llamaban entrevero, que resulta del desorden de las líneas que han roto su formación..."; pero el Supremo Entrerriano en esta ocasión, saliéndose de su costumbre, optó por la táctica formal. En un comienzo sus cargas fueron felices, pero poco a poco fueron desorganizando sus propias tropas. Las consecuencias de esta nueva forma de combatir fueron negativas para los santafesinos. De todos modos, según este estratego, "Ramírez se condujo como un valiente y un hombre de cabeza, pues no pudiendo evitar su desastre se propuso repararlo como le fuera posible...".

En efecto, con los 300 hombres que le quedaban, abandonó el campo de batalla. Huyó hacia el norte, donde trató de vencer a las tropas del gobernador de Córdoba, Bustos. Pero otra vez fracasó. Acompañado por su inseparable compañera, la porteña Delfina, el intrépido entrerriano alcanzó la frontera santiagueña. Hasta allí lo persiguen sus enemigos, y cuando está a punto de ponerse a salvo de la acometida cordobesa, una bala perdida que le atraviesa la garganta acaba con su vida. El jefe del escuadrón que le dio muerte mandó cortar su cabeza y se la envió a Estanislao López, quien a su vez ordenó que se la embalsamara y colgara (como escarmiento) frente al templo principal de la ciudad de Santa Fe. Un documento atestigua su decisión: la factura del médico que efectuó las tareas de embalsamamiento. Dice así:

Por doce pesos de espíritu de vino retificado (sic)	$ 12
Más diez pesos de espíritu alcanforado	$ 10
Por veinte pesos de mi trabajo personal por las operaciones que he ejecutado con la expresada cabeza, como son, las de trépano y demás quirúrgicas, cuyo valor es sumamente ínfimo como lo descontará cualquier facultativo en dicho ramo ...	$ 20
Importa	$ 42

La factura, fechada en Santa Fe el 23 de julio de 1821, no fue regateada por Estanislao López, como pareció presumir el facultativo que la firmó, Manuel Rodríguez. Para él, la muerte de Ramírez significó mucho más que ese escaso medio centenar de pesos fuertes pagados al servicial galeno.

EL COLEGIO DE URQUIZA

No hubo probablemente en todas las obras de gobierno de Justo José de Urquiza ninguna que tuviera mayor proyección y trascendencia para la cultura nacional que la creación, en 1851, de un colegio en Concepción del Uruguay, de cuyas aulas egresarían posteriormente algunos de los hombres más notables de la Argentina, entre ellos Victorino de la Plaza, Julio A. Roca, Olegario Andrade, los hermanos Martiniano, Honorio y Onésimo Leguizamón, Eduardo Wilde y José S. Alvarez (Fray Mocho), por nombrar sólo a figuras descollantes de la política y la cultura.

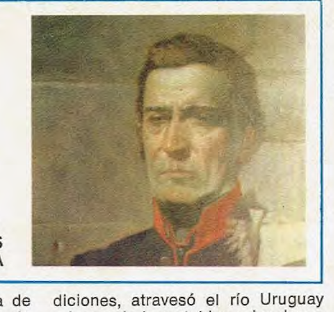
La idea original ya rondaba en el cerebro de Urquiza tres años antes: "...tengo intentado el establecimiento de una Academia literaria o colegio en la provincia, en el que según las fuerzas del erario se establezca la educación literaria de los jóvenes más adelantados de nuestra escuela primaria", le escribió el gobernador de Entre Ríos al presbítero José María Delgado en agosto de 1848.

Urquiza tenía ideas muy claras sobre lo que quería y de una manera un tanto rebuscada las expresó así: "pero estos justos deseos que me animan me hacen fijar mucho en no prodigar sacrificios por cosas fosfóricas, que dejen a la juventud con nociones imperfectas de los ramos a que quieran dedicarse...".

No tardó mucho en dar los primeros pasos: el 22 de noviembre de 1848 nace en Paraná un colegio de estudios preparatorios. Al año siguiente comienza a funcionar en Concepción del Uruguay otro establecimiento similar, precursor del que se fundará en 1851. Sus aulas eran reducidas. Tenía capacidad para 30 alumnos y fue totalmente gratuito para los pobres.

La primera promoción es brillante. De entre sus egresados se destaca un relevante poeta, Olegario Víctor Andrade, quien en los exámenes finales se luce con un retórico discurso sobre el valor de la religión. Semejante estilo en la manera de tomar exámenes suscitó una curiosa crítica del diario *El porvenir de Entre Ríos*: "...todo muy excelente... pero parece que el director del colegio (Lorenzo Jordana) nada entiende del arte de gesticular (...) la ridiculez del gesto con que los alumnos acompañan sus palabras compromete singularmente lo que expresan".

Estas minucias anecdóticas antecedieron a la fundación del colegio definitivo, que en 1851 contaba ya con capacidad para 500 jóvenes. Los primeros profesores del establecimiento fueron Manuel Erausquin, el mencionado Jordana y Adolfo Fiberghien Ackermann. Hasta 1854 se impartieron en sus aulas clases de latinidad, filosofía, matemática, francés, inglés, teneduría de libros, jurisprudencia y música. Juan Francisco Seguí fue el asesor en planes de estudio, libros de texto y cátedras, y el rector, un abogado francés, Alberto Larroque. Urquiza, hondamente preocupado por su colegio, no vaciló en diversas oportunidades en trasladarse hasta Concepción para observar su marcha. Seguramente debe haber quedado satisfecho: gobernantes, legisladores, juristas, hombres de letras y famosos oradores salieron de sus aulas, convirtiendo a Entre Ríos en uno de los principales centros culturales del interior del país.



ARTIGAS EN CONCORDIA

La actual ciudad entrerriana de Concordia fue, hace cientos de años, un "paradero" jesuita conocido con el nombre de Ytú o El Salto. A fines de 1811 y comienzos de 1812 se convirtió en escenario de uno de los acontecimientos más sombríos de la Revolución de Mayo. En efecto, el 20 de octubre del 11 el Primer Triunvirato, que gobernaba en Buenos Aires, celebró un tratado de paz con el virrey Elío, que controlaba la ciudad de Montevideo y una reducida porción de la Banda Oriental en nombre del rey de España. El tratado estipulaba la entrega de toda la Banda y de los pueblos entrerrianos de Arroyo de la China, Gualeguay y Gualeguaychú a la dependencia de la autoridad virreinal. El pacto fue recibido con indignación y estupor por los caudillos y la mayoría de los habitantes de las zonas negociadas, cuyos sentimientos estaban firmemente ligados a la Revolución. José Artigas, el máximo caudillo de su tierra, promovió entonces el mayor éxodo que se recuerde en tierras rioplatenses. Con una impresionante cantidad de hombres, mujeres, niños y ancianos de distintas condiciones, atravesó el río Uruguay y luego de incontables privaciones acampó en la localidad de El Salto, exactamente en el sitio conocido hoy como El Naranjal. Relata el cronista Antonio Castro: "Después de más de cinco meses de sufrimiento en Ytú, se trasladaron a un campamento un poco más al norte, retirándose algo de la costa. Allí quedó definitivamente (a siete leguas de Concordia) hasta fines de septiembre de 1812, cuando retornaron a la patria jamás olvidada, después de doce meses de crueles sufrimientos...".

La vida de los uruguayos en los montes de Concordia no fue nada fácil: eran cerca de 16 000 personas y casi mil carruajes. "Ni carne, ni abrigos, ni tabaco, ni bebidas; sin más camas que el mullido lecho de hierbas, sin más techo que el follaje de los inmensos árboles, sin más ropa que andrajos...", la describió Artigas más tarde, al referirse a su odisea. Sólo la precaria ayuda de los indígenas del lugar le permitió al caudillo oriental sobrevivir hasta que, recuperada la Banda Oriental, retornó a su patria dejando en Concordia las huellas heroicas de su gesta.

$ 4 - 400 m/n.

16 ARGENTINA



ENTRE RIOS II



PRESIDENTE
Carlos Civita
GERENTE EDITORIAL
Antonio F. Salonia
GERENTE COMERCIAL
Eric Skinner
SUBGERENTE EDITORIAL
Ignacio Palacios Videla
JEFE EDITORIAL
Rubén Tizziani
COORDINADOR TECNICO
Néstor Maldonado

ARGENTINA

Editor
César Civita
Coordinador General
Fernando Lida García
Equipo Asesor
Jorge Baron
Cristina De Lorenzo, León Pomer,
Prof. Adelia María Pommerenck
Prof. Martha Irene Stefanelli
Redactores
Pablo Anania y Luis Grassino

PLAN DE LA OBRA

TOMO I. 1) Buenos Aires. 2) Buenos Aires. 3) Capital Federal. 4) Capital Federal. 5) Catamarca. 6) Catamarca. 7) Córdoba. 8) Córdoba. 9) Corrientes. 10) Corrientes. 11) Chaco. 12) Chaco. 13) Chubut. 14) Chubut. 15) Entre Ríos. 16) Entre Ríos. **TOMO II.** 17) Formosa. 18) Formosa. 19) Jujuy. 20) Jujuy. 21) La Pampa. 22) La Pampa. 23) La Rioja. 24) La Rioja. 25) Mendoza. 26) Mendoza. 27) Misiones. 28) Misiones. 29) Neuquén. 30) Neuquén. 31) Río Negro. 32) Río Negro. **TOMO III.** 33) Salta. 34) Salta. 35) San Juan. 36) San Juan. 37) San Luis. 38) San Luis. 39) Santa Cruz. 40) Santa Cruz. 41) Santa Fe. 42) Santa Fe. 43) Santiago del Estero. 44) Santiago del Estero. 45) Tucumán. 46) Tucumán. 47) Tierra del Fuego. 48) Antártida e islas del Atlántico Sur. **TOMO IV.** 49) Región 1 y región 2. 50) Región 3 y región 4. 51) Región 5 y región 6. 52) Región 7 y región 8. 53) Argentina. 54) Argentina. 55) Argentina. 56) Argentina. 57) Argentina en el mundo. 58) Argentina en el mundo. 59) Argentina en el mundo. 60) Argentina en el mundo. **TOMO V.** Hombres y hechos en la historia argentina.

ARGENTINA es una edición de Abril Educativa y Cultural S.A., avenida Leandro N. Alem 896, Capital Federal. Distribuidor en la Capital Federal: Vaccaro Hnos., Solís 585, Capital Federal. Interior: RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso. Teléfonos 45-0406/2844. La cartografía de ARGENTINA ha sido elaborada por el Instituto Geográfico Militar, por el Automóvil Club Argentino y por el departamento cartográfico de Abril Educativa y Cultural S.A. Todos los mapas cuentan con la correspondiente autorización del Instituto Geográfico Militar, según lo establece el Superior Decreto Nº 8.944.

ABRIL EDUCATIVA Y CULTURAL S.A. agradece la colaboración de la Dirección Nacional de Turismo, del Instituto Geográfico Militar, del Ministerio de Educación de la Nación, de las distintas dependencias oficiales, de las autoridades provinciales y del Automóvil Club Argentino.

Para la compra de números atrasados dirigirse a RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso, Capital Federal.

Impreso en Talleres Gráficos Abril, Av. Roca 4410, Florida, provincia de Buenos Aires.

Inscripción Nº 114.- Registro de Autorizaciones Envío de Libros de Edición Argentina.

ARGENTINA

Esta obra, destinada a ofrecer un panorama completo del país, se compone de sesenta fascículos, de aparición semanal, con los que podrán formarse dos colecciones diferentes. La primera, ARGENTINA, contiene una descripción geográfica, histórica, económica, social y cultural de la Capital Federal, provincias, territorio de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, del país argentino en su conjunto y en relación con las naciones del mundo. Está integrada por las veinte páginas interiores de cada fascículo (excluidas las tapas), reunidas en tres tomos de 320 páginas y uno de 240 páginas, cuyas tapas se ofrecerán con los fascículos 16, 32, 48 y 60. La segunda, HOMBRES Y HECHOS EN LA HISTORIA ARGENTINA, incluye acontecimientos fundamentales del pasado nacional, anécdotas y sucesos que han caracterizado al país, a sus hijos y héroes más insignes. Está formada por las contratapas de los sesenta fascículos, una vez separadas, plegadas por donde se indica y reunidas en un tomo de 240 páginas. La tapa correspondiente será ofrecida al final de la obra.

NUESTRA PORTADA
Cítricos entrerrianos

El próximo fascículo:



FORMOSA I

- *Una geografía indómita*
- *La guerra de los orejudos*
- *Ibarreta: mártir de la civilización*
- *Chirinada formoseña*
- *Los caminos del progreso*

ENTRE RIOS

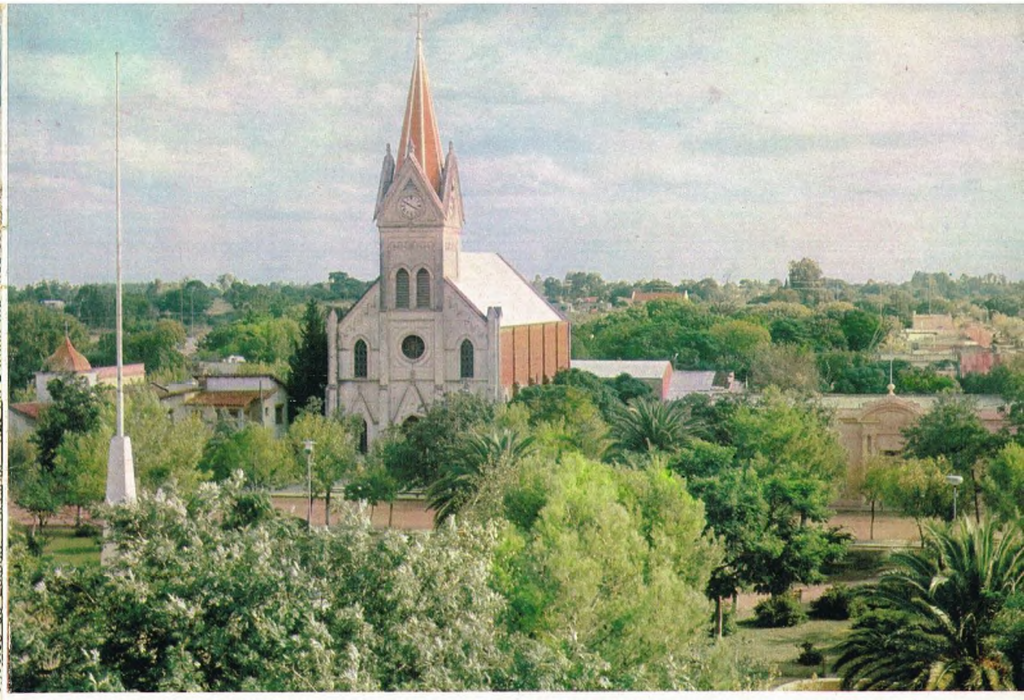
Es tan clara tu luz como una inocencia
toda temblorosa y azul.
Tu cielo está limpio de humo de chimeneas
curvado en una alta
paz de agua suspensa.
Y tus ciudades blancas, modestas, casi tímidas,
ríen su aseo rutilante entre las arboledas.
No hay en tu tierra gracias sorprendentes de líneas,
—apenas si una suave melodía de curvas—
pero tiene ella un
encanto de mujer, de sencilla, de agreste
belleza,
vestida de un silencio verde y feliz de campo,
toda húmeda de una alegría de arroyos,
con una cabellera densa de árboles libres.

CREPUSCULO EN EL CAMPO DE GUALEGUAY

Nada más que un sueño amarillo que se va entre los talas
detrás de un vuelo bajo y encendido de verdes.
La luz es una nostalgia que alarga sus suspiros hasta las lejanías.
Los cardales secos, aéreos, de qué color?
Este paisaje es mi alma y será siempre mi alma.
Un espejo infinito para el cielo.
Sabéis, amigos, ahora, la causa de mi vaga tristeza?

JUAN L. ORTIZ
En el aura del sauce

Juan L. Ortiz, "Juanele", fino poeta lírico contemporáneo, de Gualeguay, nacido en 1895.



Federación, "la perla del Uruguay". El agua la cubrirá por completo cuando se concrete la presa de Salto Grande.

DE LAS VAQUERIAS A LAS ESTANCIAS

"Será Entrerríos la mejor provincia de esta América", vaticinó don Tomás de Rocamora al virrey Vértiz después de fundar ciudades, perseguir matreros y recorrer la campaña entrerriana en todas direcciones. Y el pronóstico no era antojadizo: lluvias generosas, aguadas abundantes, pastos tiernos y clima benigno eran la mejor carta de triunfo. Las vacas prodigaban su presencia por los campos, listos para recibir cualquier semilla y multiplicarla. Otros lo habían comprendido antes y no vacilaron en explotar esa riqueza.

El primer ganadero fue Hernandarias, que hace más de cuatro siglos se ocupó de organizar explotaciones precursoras de las estancias. Las extraordinarias condiciones naturales de la provincia fueron decisivas: la convirtieron desde temprano en un paraíso ganadero. Las vaquerías —grandes cacerías de ganado cimarrón— constituían al principio el fundamento de la actividad, pero luego dejaron sitio a una nueva etapa, marcada fundamentalmente por Urquiza. Fue célebre la organización de sus estancias, que alimentaban permanentemente los saladeros y la exportación de cuero y tasajo. A principios de siglo comenzó a incentivarse el mestizaje del recio ganado criollo con representantes de otras razas, hasta llegar al depurado panorama actual.

Predominan netamente los célebres "mochos negros" —Aberdeen Angus—, los Hereford y los Shorthorn, seguidos por ejemplares de Charolais y Holando Argentino. Los Holando integran los principales planteles lecheros, fundamento de una producción tambera de regular importancia que cuenta con algunos modernos establecimientos; 12 500 000 litros de leche pasteurizada y 1 500 000 kilogramos de queso fueron las cifras de 1970. En el centro y el norte de la provincia predomina la explotación mixta: cría de lanares de alta calidad y vacunos; muchos de éstos se venden luego a las estancias del sur, que al disponer de las mejores pasturas dedican parte de su actividad al engorde.

La ganadería exigió siempre disponer de abundantes caballadas para complementar las tareas rurales. Por eso la provincia contaba antaño con una profusa población equina que, poco a poco, fue disminuyendo con el auge de la mecanización hasta alcanzar la cifra actual: poco menos de 300 000 cabezas, un número que de todos modos coloca a Entre Ríos en los primeros puestos del país. Más difundido está el ovino, que se explota principalmente en los campos del norte, donde pasta la mayor parte de los dos millones de ovejas que tiene la provincia. Carne, cuero y lana son los principales derivados; por eso en los últimos años el menor rendimiento económico de la actividad lanera redujo sensiblemente las existencias con respecto a otras épocas.

Aun así, el menos numeroso es el ganado porcino, que según el censo de 1969 totalizaba poco más de 74 000 cabezas, cuyo destino son los frigoríficos y las fábricas de chacinados. Fin semejante tiene el inmenso número de pollos y gallinas que conforma la población avícola. Los datos de 1969 indicaban la existencia de 13,2 millones de aves de corral, lo que representa el 54,6 %

La vida en las zonas ribereñas de la provincia tiene un gran protagonista: el río. Los pobladores viven dispersos, por lo general, y no abundan las oportunidades de hacer vida social. Los momentos más propicios suelen presentarse en picnics y otras reuniones (1), donde los litoraleños explayan su ruidosa alegría. Son ellos quienes impulsan buena parte de la actividad pesquera provincial, que tiene grandes perspectivas, pero que actualmente casi no supera el ámbito familiar. Eximios conocedores del río, los viejos pescadores (2) son personajes típicos del litoral entrerriano; diariamente salen, con otros, río adentro, para volver con su cosecha a cuestas (3) y comercializarla en los restaurantes.


1



2



3

del total nacional. Semejante proporción indica claramente el extraordinario incremento que tomó la avicultura entrerriana. Carne y huevos son los productos fundamentales de esa actividad, que tiene los principales centros en Crespo y San José, ubicados respectivamente en las zonas de influencia del Paraná y del Uruguay. A la sombra de los inmensos criaderos prosperan dos industrias poderosas: la fabricación de alimentos balanceados y los frigoríficos de aves y huevos.

LAS PLUMAS Y LOS FRUTOS

El origen de ese "boom" se relaciona estrechamente con el nacimiento de la granja, un tipo de explotación que fue introducido y desarrollado por la población inmigrante. En las primeras épocas los pioneros combinaban varias ocupaciones disímiles en un solo establecimiento: cría de conejos, de aves, apicultura, tambo, chacra, etcétera. Más tarde el auge de cada actividad fue forzando la especialización hasta originar rubros bien diferenciados. Uno es el de las hortalizas y las legumbres, que alcanzan altas cifras de producción y sembradío. Claro que la extensión de esas explotaciones resulta mínima comparada con la de los cultivos extensivos, que ubican al agro entrerriano entre los más productivos del país. Las mayores superficies están ocupadas por el maíz, que en 1970-71 abarcó 490 500 hectáreas y rindió 884 000 toneladas; lo siguen —de lejos— el lino, el trigo y el sorgo granífero, que en conjunto cubren más de 670 000 hectáreas. Mucha menos superficie —43 000 ha— abarca el arroz, pero por sus características depara cosechas de gran rendimiento; la de 1970 totalizó casi 210 000 toneladas, una cifra que —como en años anteriores— consagró a la provincia como primer productor nacional. Menor importancia tienen las forrajeras y las textiles, ampliamente superadas por otras actividades que asumen dimensiones inimaginadas hace unos años.

Quizá sea la fruticultura, y especialmente la producción de cítricos, la que provocó cambios más radicales en la fisonomía de grandes regiones. En varios puntos de la provincia, pero especialmente a lo largo de la faja que bordea el río Uruguay, los viveros y las plantaciones citrícolas extienden hasta el horizonte su armónica prolijidad. Son parte del paisaje, y se adaptan tan bien a las condiciones de la zona que nadie sospecha su remoto origen asiático ni la larga historia que tienen detrás. Las naranjas, por ejemplo, llegaron a Entre Ríos hacia fines del siglo XVI, traídas por la colonización jesuítica; ya en tiempos del virreinato los campos cercanos a Concordia veían prosperar naranjales que después se reprodujeron libremente, volviéndose silvestres.

Una anécdota curiosa se anuda a la más breve historia de los mandarineros, que comienza a fines del siglo pasado, cuando un distraído pasajero brasileño olvida en un hotel de Concordia una caja que contiene "una rara especie vegetal". Eran mandarinas, o "naranjas de clavel", como se les decía entonces, y el almácigo dio origen a un nuevo rubro de la citricultura entrerriana. Como estas especies se desarrollan óptimamente sobre los suelos arenosos de las regiones cálidas, los departamentos de Concordia y Federación se transformaron en puntales de la actividad. Largas hileras de naranjos, limoneros y pomelos hacen restallar su brillante follaje verde al costado de las rutas. En épocas de cosecha enjambres de peones arrancan los frutos, que inclinan el ramaje con su peso. Parte de la producción se destina a los centros de consumo, pero una gran proporción es industrializada en establecimientos productores de jugos y extractos que se alzan en las inmediaciones.

El otro gran capítulo de la fruticultura entrerriana comprende la obtención de peras, duraznos, manzanas, guindas, membrillos y otros frutos. Buenos Aires es el mercado que absorbe casi toda la cosecha, y el Delta —en algunos sitios un verdadero vergel— constituye el mayor centro productor. También la discreta actividad maderera provincial tiene una base importante en la región deltaica. Se trata de un área forestal de inmensa riqueza que figura entre las más extensas del planeta. El vegetal autóctono más aprovechado es el sauce, cuya madera se emplea en la fabricación de cajones que sirven para embalar la producción frutícola. En algunos sitios existen grandes plantaciones de álamos, árbol que se desarrolla con ansiosa rapidez y resiste sin inmutarse las inundaciones. Ñandubayes, algarrobos, talas y espinillos —ejemplares de Montiel y otros sitios del interior— apuntalan la fabricación de tranqueras, postes, varillas, etcétera. Otras especies se utilizan para hacer carbón porque su madera —nudosa y retorcida— no sirve en carpintería. Ingenioso, aunque de escasa magnitud económica, es el aprovechamiento de la palma caranday, que en algunos puntos forma isletas boscosas. Sus hojas propor-


1

cionan una fibra apta para fabricar bolsas, arpilleras, cuerdas, suelas de alpargatas, etcétera; también la crin que recubre la palmera es aprovechable: pueden hacerse felpudos, pinceles y otros utensilios.

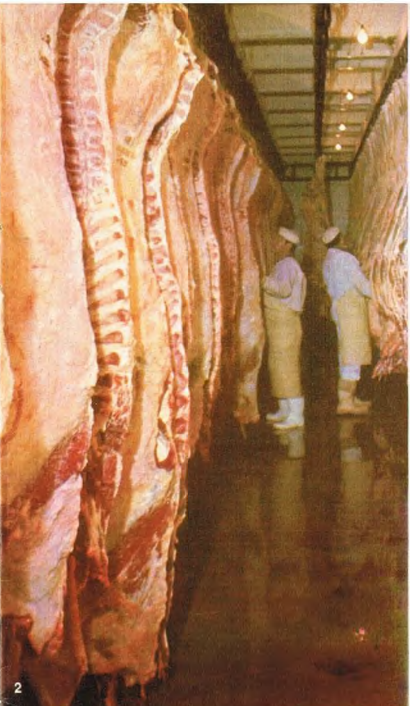
EL AGRO, PADRE DE LA INDUSTRIA

Rico en sus ganados y sus cultivos, Entre Ríos siempre fue un estado agrícola - ganadero. Específicamente: un productor de materias primas que se industrializaban en otros puntos. A grandes trazos, ese esquema sigue caracterizando la economía de la provincia; el material bruto que sale de sus fronteras es mayor que el que se elabora dentro de ellas. Sin embargo, lentamente, con altibajos, los entrerrianos han visto crecer un parque industrial dedicado, en su mayor parte, a procesar los frutos del agro.

Funcionan en la provincia unos 480 establecimientos manufactureros que ocupan a casi 10 000 obreros y unos 550 técnicos. Tales cifras comprenden desde grandes molinos aceiteros hasta pequeños aserraderos y tabacaleras pero, en general, las principales fábricas pertenecen al rubro de la alimentación, en el que descuellan por su importancia los frigoríficos. Esas fábricas constituyeron la primera gran industria que se instaló en la provincia y no han visto disminuir su importancia. Ocupan casi la mitad de la mano de obra fabril —unos 4000 obreros— y están altamente tecnificadas. Las más grandes se encuentran en Concordia, La Paz, Colón y Gualeguaychú, y las de menor importancia se localizan en las áreas de mayor riqueza ganadera y en los centros de consumo locales; para horror de los criollos de ley, dos establecimientos se dedican a faenar caballos y yeguarizos con destino al exterior. De todos modos, tan ingrata actividad no reviste la dimensión que tienen los frigoríficos avícolas. La gran producción de aves y huevos rebasa la capacidad de almacenamiento de las plantas, a tal punto que en determinadas épocas las conservadoras resultan insuficientes: sólo el diez por ciento de los huevos y el sesenta por ciento de las aves son cubiertos por las cámaras locales. Eso se comprende con mayor facilidad cuando se echa un vistazo a las abultadas cifras de producción: en 1970 se faenaron nada menos que 15 000 000 de plumíferos, lo cual representó casi 30 000 toneladas de carne.

El desarrollo de semejante riqueza avícola impulsó el crecimiento de una importante industria de alimentos balanceados. Existen setenta establecimientos que se dedican a esa actividad, y muchos ostentan puestos de vanguardia en el equipamiento y la investigación. Aparatos de dosificación automática, laboratorios, granjas-test y otros adelantos ubican a esa industria entre las más tecnificadas del país y del mundo. La producción anual de alimentos balanceados para aves promedia las 300 000 toneladas, por lo que diariamente salen cargamentos hacia otros puntos del territorio nacional. A su vez, otras caravanas ingresan en la provincia acarreando materia prima, ya que los subproductos de la molinería entrerriana no alcanzan a satisfacer los requerimientos de las fábricas balanceadoras.

Claro que eso no significa que la industria molinera carezca de importancia. Por el contrario, une a su





Sobre el suelo entrerriano proliferan las plantaciones de cítricos, situadas a menudo junto a forestaciones de pino apto para obtener celulosa (1); esa confraternidad vegetal debida a la mano del hombre es bastante común en la zona que se recuesta sobre la ribera del río Uruguay. En las ciudades de la región se radican varios establecimientos frigoríficos que desarrollan su actividad desde hace muchos años. Casi toda la capacidad productiva de esas plantas está volcada al tratamiento de las "carnes rojas", que parten rumbo al mercado consumidor después de una corta estadía en las cámaras (2). Ultimamente también ha cobrado relevancia la conservación de aves faenadas y huevos, un rubro que prospera gracias al auge de los grandes criaderos (3).

arraigo tradicional —los molinos provinciales ya eran importantes en el siglo pasado— una sólida actividad productiva. Veintidós molinos se encargan de procesar arroz; en 1970 elaboraron más de 81 000 toneladas de grano, y grandes cantidades de afrecho, afrechillo y cáscara. A su vez, veinticuatro molinos harineros se distribuyen por todo el territorio; catorce producen harina de trigo (unas 140 000 toneladas en 1970) y diez, harina de maíz (1800 toneladas). Algunos han incorporado novedades: procesos especiales que les permiten obtener harinas leudantes y precocidas.

LOS ZUMOS ACIDOS

Una enorme riqueza ictícola pulula en la red fluvial que circunda la provincia y en los arroyos que la atraviesan. Millones de toneladas de peces configuran un capital incalculable, pero por ahora el aprovechamiento de ese potencial alcanza niveles reducidos. Sólo cuatro establecimientos —además de algunas pequeñas pesquerías— elaboran abonos, harinas y aceite de pescado, producción que, en conjunto, no supera las ochocientas toneladas anuales. Muchísimo mayor importancia tienen los aceites vegetales de uso industrial: lino y tártago (o ricino). En 1970 las catorce fábricas que procesan lino obtuvieron 43 783 toneladas de aceite y 92 671 de expeller, cifras que hacen palidecer a las de producción de aceite de oliva: menos de treinta toneladas.

Una de las industrias más jóvenes y dinámicas es la elaboración de jugos y extractos cítricos. La alta tecnificación de los procesos reduce a menos de doscientos operarios la mano de obra empleada por las seis principales fábricas, pero el volumen obtenido indica claramente el auge extraordinario que experimentó esa actividad en poco más de una década: durante 1970 se produjeron 6 967 393 litros de jugo cítrico puro; la mayor proporción correspondió al pomelo y la naranja. En igual lapso las fábricas lanzaron al mercado 7472 toneladas de jugos concentrados. Ahí no termina todo: como el aprovechamiento de la fruta es integral, también se elaboran aceites esenciales, polvos cítricos solubles que se exportan en gran cantidad hacia Estados Unidos, forrajes fabricados con el hollejo y la cáscara, y otros subproductos.

Aunque las industrias relacionadas con el sector agropecuario mantienen un cómodo primer puesto en el panorama fabril entrerriano, hoy existen otros rubros que han tomado relieve propio. Es el caso de la denominada cerámica roja, es decir, la fabricación de materiales como tejas, ladrillos huecos, baldosas y otros. La existencia de reservas arcillosas prácticamente inagotables permite producir anualmente millones de unidades a los nueve establecimientos que se dedican a esa actividad. También hay plantas especializadas en el premoldeado de materiales: producción de columnas, casas prefabricadas, mosaicos, material sanitario y demás implementos. Algunas están muy bien equipadas, pero ninguna posee las dimensiones de la gran fábrica de cemento portland que se alza en Paraná, un coloso que anualmente produce más de 130 000 toneladas y se abastece de materia prima en las canteras entrerrianas. No es, sin embargo, la única sorpresa que depara el aprovechamiento del subsuelo provincial.

Pocos imaginan que Entre Ríos —tierra de aguadas y pastos tiernos— posee una gran riqueza minera. Ocurre que no se trata de metales sino de minerales no metalíferos y rocas de aplicación: canto rodado, arena, yeso, conchilla, pedregullo. Las reservas naturales son enormes y hace tiempo que vienen siendo explotadas. Existe más de medio centenar de canteras en actividad, aunque casi ninguna tiene que apelar a la dinamita, explosivo que en otras regiones del país es parte inseparable de la actividad extractiva. Los yacimientos entrerrianos están casi a flor de tierra, a disposición de las palas mecánicas y otras máquinas que modifican la topografía con sus potentes mandíbulas de hierro. El canto rodado marcha a la cabeza de las cifras: 2 658 000 toneladas en 1970; lo sigue la arena para construcción —308 000 tn.—, que se extrae preferentemente del lecho del Paraná y del Uruguay. El tercer puesto es ocupado por la caliza y el cuarto pertenece a la arena silícea, excelente para fabricar vidrios y cristales. La mayor parte de lo extraído sale rumbo a los mercados extraprovinciales en barcazas o camiones, aunque en los últimos años la construcción y las obras públicas incrementaron el consumo local. Algo similar ocurre con el variado número de talleres que producen laminados, carpintería metálica, acoplados, artefactos eléctricos, etcétera, y que constituyen, junto con una importante fábrica de maleables instalada en Gualeguaychú, la principal expresión de la metalurgia y la mecánica provinciales.

De todos modos, el predominio de las actividades industriales ligadas al agro es absoluto. Y como los establecimientos tendieron siempre a instalarse cerca de las zonas proveedoras de materia prima, Entre Ríos no tiene grandes ciudades exclusivamente fabriles. Posee —eso sí— áreas de mayor o menor concentración industrial, y de ellas las más significativas son Paraná, Concordia, Concepción del Uruguay y Gualeguaychú. La capital no tiene el monopolio industrial, pero es beneficiaria directa del auge económico que provocó la construcción del túnel Hernandarias.

EL PULMON DE LA MESOPOTAMIA

Hoy Paraná no es solamente el mayor centro urbano de Entre Ríos sino el pulmón de toda la Mesopotamia. Lo refleja claramente el crecido número de vehículos que transita la vía subacuática marcando el ritmo económico de una inmensa región. Esa peculiaridad —la más evidente para el recién llegado— no eclipsa, sin embargo, las demás características de la urbe. Observando el ajetreo humano que bulle en el sector céntrico, o el vibrante ritmo comercial que impera desde la mañana, resulta sencillo comprobar que Paraná es una de las más pujantes ciudades del litoral. Ya lo fue en el siglo pasado, cuando ostentó el título de capital de la Confederación, y hoy no parece dispuesta a vivir de ese recuerdo. La coqueta plaza Primero de Mayo está en el centro vital de la ciudad; sobre ella asoma su figura majestuosa la catedral, un edificio de líneas esbeltas que en una de sus torres tiene varias campanas fundidas en las antiguas misiones jesuíticas.

Arbolada, prolija, la capital entrerriana se despliega sobre las altas barrancas asomándose al amplio sector portuario, zonas residenciales y dársenas de inflamables. El atracadero de balsas, antes vital, no registra la actividad que lo caracterizó, pero el Paraná, ancho y rumoroso, desciende lento hacia el sur poniendo un límite preciso a la expansión urbana, que ahora se proyecta en otras direcciones. Una radioemisora, tres diarios y corresponsalías de los principales medios de difusión nacionales centralizan el pulso periodístico e informativo de la capital entrerriana, pero no agotan, ni mucho menos, el ancho panorama de las publicaciones provinciales. En otros puntos hay instaladas cuatro emisoras más, y Concordia, Gualeguaychú, Concepción, Villaguay, Gualeguay y otras ciudades cuentan con periódicos y publicaciones locales. Por el momento, la provincia no tiene canales de televisión ni repetidoras, aunque en muchos sitios se captan con total nitidez las emisiones santafesinas y porteñas.

MAESTROS CHACAREROS

En el ámbito educativo, Entre Ríos posee dos instituciones pioneras que tienen más de un siglo de vida. Una es el célebre Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, creado por Urquiza en 1849. En una época en que la educación no estaba extendida, esa fundación representó un gigantesco paso adelante para la provincia y el país. No tardaron en concurrir alumnos de todos los puntos del interior y aun de naciones limítrofes; algunos fueron famosos: Julio A. Roca, Victorino de la Plaza, Olegario Andrade, Marti-

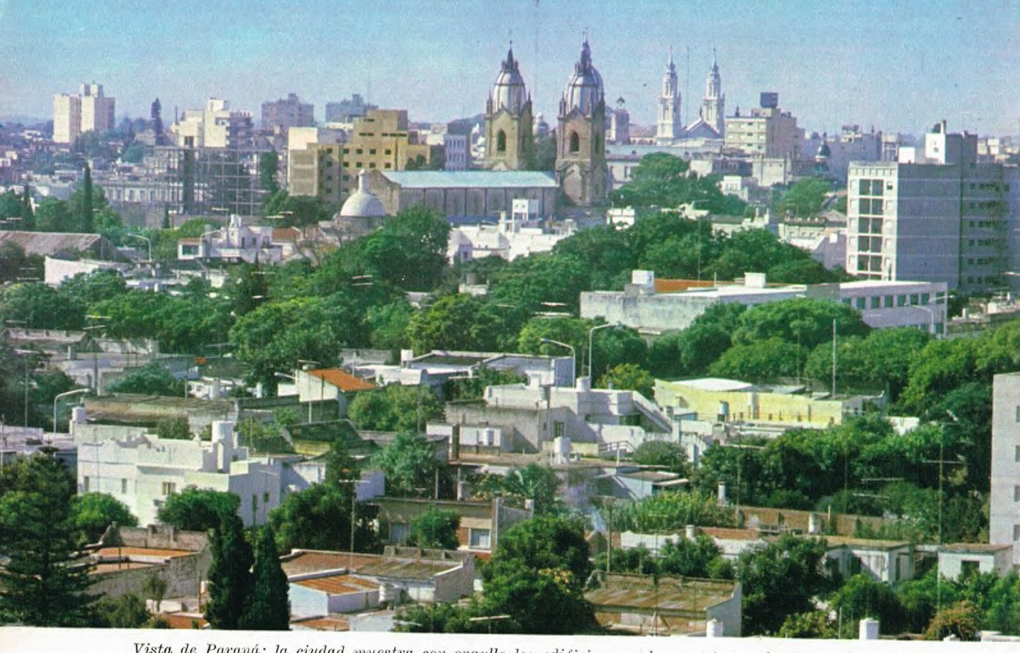

1


2

3



En los últimos años se ha incrementado la forestación con especies como el álamo y el pino Elioti, que brindan maderas aptas para la producción de celulosa. Las plantaciones (1) se desarrollan en forma óptima porque el suelo y el clima de la provincia brindan condiciones altamente favorables. Otro aspecto de la producción forestal es el que se basa en la obtención de leña (2), generalmente de ñandubay. Es ésa una actividad que tiene muchos años y que no requiere mucha tecnificación. Diferente es el caso de los aserraderos (3), que proliferan en las localidades situadas en la banda del río Uruguay y que cuentan, habitualmente, con instalaciones adecuadas.



Vista de Paraná: la ciudad muestra con orgullo los edificios que le van otorgando fisonomía de urbe.

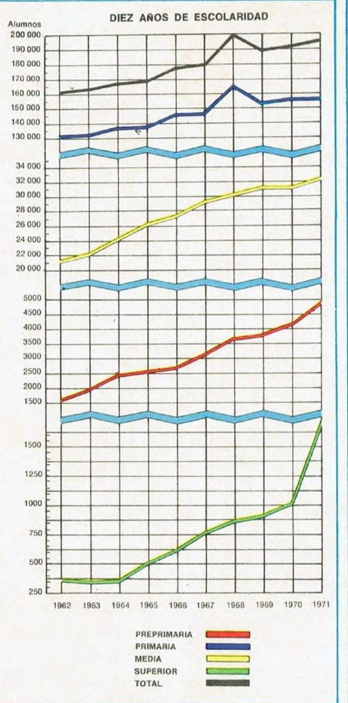
niano Leguizamón, Eduardo Wilde, etcétera. Poco antes de su centenario —en 1942— el colegio fue declarado Monumento Histórico Nacional, un privilegio poco usual que no alcanzó a la Escuela Normal de Paraná, primera del país especializada en la formación de docentes. Su creación fue obra del gobierno de Sarmiento, y los cursos comenzaron a dictarse en agosto de 1871, iniciándose prácticamente una etapa nueva en la educación argentina.

Las características actuales de la instrucción media no desvirtúan tan gloriosos antecedentes. La enseñanza secundaria se imparte en 161 establecimientos que aglutinan casi 32 000 alumnos y más de 4500 profesores. Hay colegios nacionales, liceos y escuelas normales o de comercio en casi todos los centros populosos, sean o no cabeceras departamentales. Entre los que dependen del ministerio provincial, se destaca la Escuela Normal de Maestros Rurales "Juan Bautista Alberdi", donde los futuros maestros no sólo reciben instrucción pedagógica: se los instruye para que ejerzan una docencia rural completa; para eso aprenden trabajos de chacra, de tambo, de siembra, etcétera. Lógicamente, el medio entrerriano consagró esa modalidad, que se extiende a varias escuelas-granja y algunos institutos que preparan técnicos en diferentes especialidades. A los 1620 establecimientos de enseñanza primaria concurren casi 156 000 alumnos que son instruidos por 8035 maestros. Los analfabetos constituyen el 12,8 % de la población y, en su mayoría, son personas que superan los cincuenta años de edad, por lo que el problema que representan no se relaciona mucho con la deserción escolar, cuyo elevado índice se ha transformado en una fuente de preocupaciones. En materia de enseñanza superior, la provincia encara otro tipo de problemas: frenar el éxodo de jóvenes que emigran hacia otros puntos del país. Actualmente existen cinco facultades que cuentan con 1019 alumnos; una de las más concurridas es la de Ciencias de la Educación, que depende de la Universidad Nacional del Litoral y funciona en la ciudad de Paraná. La más joven es la Universidad "La Fraternidad", de Concepción del Uruguay, que recibió su bautismo a principios de 1972.

TIERRA DE POETAS

Por formación y por tradición Entre Ríos tiene una cultura media bastante difundida, fenómeno que explica la proliferación de escritores, historiadores y poetas que sacudió a las letras provinciales cuando otros cenáculos apenas despuntaban. La segunda mitad del siglo pasado marca el comienzo de ese proceso, que ha sufrido altibajos pero no perdió el empuje inicial. Los ensayistas de temas históricos y los investigadores del rico pasado regional son numerosos, igual que los narradores. José S. Alvarez —más conocido por Fray Mocho— es uno de los más célebres. En *Un viaje al país de los matreros* sobran los ejemplos de su maestría para reflejar tipos humanos, situaciones y formas de vida:

"Pensar aquí en la Constitución, en las leyes sabias del país, en los derechos individuales, en las garantías de la propiedad o de la vida, si no se tiene en la mano el Smith Wesson y en el pecho un corazón sereno, es delirio de loco, una fantasía de mente calenturienta..."



CALENDARIO DE FERIAS Y FESTIVALES

Tal vez más que en otras provincias, prevalecen en Entre Ríos las festividades de índole deportiva y folklórica que atestiguan el dinamismo y alegría de vivir del pueblo entrerriano. A continuación se destacan las más importantes.

Nombre del acontecimiento	Se celebra en la localidad de	Fecha
Semana del turismo	Gualeguay	2ª semana enero
Semana del turismo	Rosario del Tala	Enero
Semana del turismo	Colón	Enero
Festival folklórico del norte entrerriano	La Paz	Enero
Carnaval provincial	Victoria	Febrero
Carnaval internacional	Colón	Febrero
Festival "Cantando en el río"	Gualeguay	Febrero
Festival folklórico	Concordia	1ª semana febrero
Festival folklórico	Paraná	1ª semana febrero
Prueba automovilística fórmulas 1 y 2 en el autódromo	Concordia	1er. domingo abril
Semana nacional del río Paraná	Paraná	3ª semana mayo
Prueba automovilística. Fórmulas 1 y 2 en el autódromo	Paraná	1er. domingo julio
Prueba automovilística. Categoría Sport Prototipo y Fórmula 4 en el autódromo	Paraná	3ª semana de septiembre
Fiesta del agricultor	Urdinarrain	Septiembre
Prueba automovilística. Categoría Turismo Nacional en el autódromo	Concordia	Ultima semana de noviembre
Encuentro entrerriano de folklore	Villaguay	2ª semana noviembre
Fiesta de la lana entrerriana	Concordia	3ª semana noviembre
Fiesta de la avicultura	Crespo	3ª semana noviembre
Abrazo Celeste y Blanco en la Perla del Sur	Gualeguaychú	Diciembre
Festival folklórico	Gualeguaychú	1ª semana diciembre
Festival folklórico	Concepción del Uruguay	1ª semana diciembre

MUSEOS DE ENTRE RIOS

Consecuente con su historia multisecular, su activa vida cultural y el hondo respeto que profesa a su pasado y a sus héroes, Entre Ríos posee una nómina numerosa de museos públicos y privados, de los cuales se detallan a continuación los más importantes.

Museo Histórico de Entre Ríos "Martiniano Leguizamón" (Capital). Historia, arqueología, etnología y numismática. (Posee biblioteca pública y archivo.)

Museo Provincial de Bellas Artes "Dr. Pedro E. Martínez" (Capital). Oleos, dibujos, grabados y esculturas. (Posee biblioteca y archivo público.)

Palacio San José, Museo y Monumento Nacional "Justo José de Urquiza" (Caseros). Colecciones de carácter histórico relacionadas con la vida del prócer al que está dedicado el museo.

Museo Histórico Regional de Colón (Colón). Muebles, enseres, documentos y vestimentas; pinturas, esculturas y retratos.

Museo Entrerriano de Ciencias Naturales, Arqueología e Historia (Concepción del Uruguay). Historia natural, arqueología regional e historia de Entre Ríos. (Posee biblioteca, colección filatélica y archivo documental.)

Museo Histórico Regional "Juan B. Ambrosetti (Gualeguay). Colecciones de historia regional.

Museo del Instituto "Osvaldo Magnasco" (Gualeguaychú). Historia, Artes plásticas, numismática, armas, documentos, diarios antiguos y libros. (Posee biblioteca pública y archivo histórico.)

Museo Histórico Regional de la Colonia de San José (San José). Material alusivo a los orígenes y desarrollo de la primera colonia agrícola de la provincia.

Museo de Ciencias Naturales "Pablo G. Lorentz". Colegio Nacional "Capitán General Justo José de Urquiza" (Concepción del Uruguay). Colecciones referentes a esas disciplinas.

Museo de Ciencias Naturales y Antropología de Entre Ríos (Capital). Flora, fauna, fósiles y elementos de etnografía provincial.

Museo Histórico y Arqueológico Municipal (Concordia). Historia y arqueología de la región.





RECOLECCION DE NARANJAS EN CONCORDIA



EL PALACIO SAN JOSE

La construcción se alza a 35 kilómetros de Concepción del Uruguay. Dos altas, rosadas torres que rematan el frente emergen entre el tupido parque dominando por completo el ámbito del Palacio San José, testigo y escenario de numerosos hechos de trascendental importancia histórica. Allí suscribió Urquiza en 1851 su célebre "pronunciamiento", aceptando la renuncia de Juan Manuel de Rosas al manejo de las relaciones exteriores e iniciando el enfrentamiento que culminó en Caseros. Con su dueño convertido en figura clave del panorama nacional, la residencia se transformó en uno de los polos vitales del país. El once de abril, Urquiza fue muerto en una de las habitaciones por una partida revolucionaria que entró al edificio franqueando la entrada posterior.

Urquiza comenzó a construirlo en 1848, poniendo la terminación en manos del arquitecto Pedro Fossatti, que imprimió al edificio un inconfundible estilo italianizante. El jardín, versallesco en cambio, prenuncia el lujoso interior de la casona, cuyo cuerpo principal encierra dos grandes patios cuadrangulares colocados uno detrás del otro. En torno del primero —el "patio de honor"— se alzan las habitaciones particulares de la familia, el comedor, salas, y la pieza —convertida luego en oratorio— donde fue ultimado Urquiza; sobre la hoja de una puerta, la impresión de una mano izquierda tinta en sangre constituye el testimonio más vívido de la muerte del caudillo. Alrededor del patio posterior —"patio del parral"— está la amplia cocina del palacio, el escritorio comercial, dormitorios y otras dependencias. En las inmediaciones, conectados por senderos impecables y sombreados, se encuentran las cocheras, la caballeriza, la tahona, dos palomares y varias construcciones más. La capilla, una pequeña joya arquitectónica, se alza junto a la entrada posterior del Palacio. Columnas toscanas, mobiliario procedente de las principales capitales europeas, espejos franceses, estatuas italianas y otros detalles evidencian la fascinación que ejercía sobre Urquiza el sentido estético que imperaba en el viejo continente. Una muestra del esplendor con que rodeó sus días son las obras de arte, los tapices, la platería y ciertos detalles de confort inusuales para la época, como el hecho de que en 1856 San José ya contara con aguas corrientes. Las características del lago artificial —hoy en ruinas— de la residencia dan una idea de la importancia que alcanzaban las recepciones celebradas en el Palacio: tenía 180 metros de largo por 120 de ancho y estaba circundado por un paredón de ochenta centímetros de espesor. El agua llegaba desde una laguna cercana, a través de cañerías subterráneas, y sobre el espejo supo navegar el "San Cipriano", un pequeño barco de vapor especialmente construido que sirvió para dar fiestas venecianas. El 30 de septiembre de 1935 el Palacio San José fue declarado Monumento Histórico Nacional, y poco después empezó a organizarse el Museo Juan José de Urquiza, el más completo del país en lo referente al caudillo entrerriano.



Empaque de cítricos en un importante establecimiento dedicado a industrializar fruta.

Y más adelante resume:

"En las islas se puede vivir sin rancho, sin ropas, sin armas y sin familias, pero no sin la canoa, que es la casa y el caballo."

Gran amigo de Fray Mocho era Martiniano Leguizamón, otra figura capital de las letras provinciales y minucioso cronista de las costumbres, los dichos y la filosofía rural de su patria chica. *Calandria* —obra teatral—, *Montaraz, Recuerdos de la tierra, Alma nativa* y muchos títulos más integran su producción, diseminada también en infinidad de artículos y crónicas periodísticas. Con la misma profesión —el periodismo— se ganó la vida durante muchos años uno de los grandes prosistas entrerrianos: Alberto Gerchunoff, autor de los célebres relatos que integran *Los gauchos judíos*. Allí, con humor y verismo, Gerchunoff recrea las intimidades de la colonia judía que lo vio crecer, desmenuzando prolijamente las alternativas y las anécdotas que produjo la paulatina adaptación inmigrante a ese mundo geográfico y social dominado por la presencia del criollo. Temáticas diferentes tocó Amaro Villanueva —también periodista—, a quien se le debe uno de los trabajos más eruditos sobre el mate, su origen, la técnica del cebado, las leyendas y los dichos anudados en su torno. En realidad, la nómina completa de los narradores entrerrianos abarca decenas de nombres. Algo parecido sucede con los poetas, entre quienes se cuentan Olegario Andrade y Carlos Mastronardi, a cuya inspiración se debe el célebre poema "Luz de provincia", de cuartetas henchidas de añoranza:

Un fresco abrazo de agua la
[nombra para siempre,
sus costas están solas y engendran
[el verano.
Quien mira es influido por un
[destino suave
cuando el aire anda en flores y el
[cielo delicado.

. . . .

Hablo de mi provincia. Vuelvo
[a querer sus noches,
sus recias claridades y sus albas
[de hielo.
Miro el cauce anchuroso de sus
[almas iguales,
su resplandor de espigas y su
[varón sereno.

ARTISTAS Y ARTESANOS

El mismo paisaje geográfico y humano cantado por el poeta es el que inspiró a la figura máxima de la plástica entrerriana: Cesáreo Bernaldo de Quirós. Junto a él se destacan numerosos plásticos de renombre, como los pintores Carlos Aste, Francisco Bernareggi, Asef Bichilani, Mario Gargatagli, Roberto González, Gerardo Guastavino, y —entre otros— los escultores Carlos Cúneo, Israel Hoffman y Francisco Marini. Varias instituciones nuclean a los artistas plásticos y realizan muestras o conferencias. La más importante es el Museo Provincial de Bellas Artes, que permanentemente organiza exposiciones, incluidas algunas que recorren las localidades del interior. Los eventos anuales más importantes en el campo de la plástica son el denominado "Salón de Artistas de Entre Ríos" y el "Salón del Litoral de la Provincia de Entre Ríos". Pintores y escultores no encarnan, por supuesto, la única expresión artística: más de quince agrupaciones corales constituyen, junto a la Orquesta Sinfónica de Entre Ríos y otros grupos de cámara, la base de la actividad musical. El

auge del teatro también es sorprendente: existen 33 grupos teatrales que integran una Federación Entrerriana del Teatro y —anualmente— compiten en una Muestra de Teatros Independientes que se realiza en Paraná.

Complemento indivisible de ese denso ajetreo cultural son los museos históricos, importantes en la provincia. El principal es el "Martiniano Leguizamón", de la ciudad de Paraná, seguido por el que funciona en la antigua residencia del general Urquiza —el Palacio San José—, y los de Concepción, Gualeguay, Concordia y Gualeguaychú. El entusiasmo de algunos particulares mantiene otros valiosos repositorios y, en ciertos casos, la herencia histórica y tradicionalista permanece viva. Es lo que ocurre con la artesanía regional, que comprende el trenzado de tientos, el curtido, la platería, la cestería y —también— la fabricación de instrumentos musicales y el tallado de huesos y astas. Más de un centenar de artesanos desarrolla sus tareas en el ámbito provincial y entre ellos figuran algunos verdaderos artistas que han obtenido primeros premios en exposiciones de carácter nacional. En buena medida, ese resurgimiento se debe al estímulo que representa la Feria Provincial de la Artesanía Popular, una muestra de carácter competitivo que convoca la producción de numerosos artesanos y se perfila como una futura atracción turística.

TURISMO A DOS BANDAS

En realidad, no es mucho lo que precisa Entre Ríos para convertirse en una meca turística. Fundamentalmente: que la descubran, que su territorio ondulado lleno de recodos y de historias empiece a ser visualizado como posibilidad viajera, un proceso que se está desarrollando aceleradamente desde que el túnel subfluvial "enchufó" la región con el resto del país. En la provincia los atractivos sobran y los técnicos, que lo saben, ya empezaron a trazar planes y preparar el terreno. Hace falta mejorar las rutas y rejuvenecer la infraestructura hotelera: se está haciendo. La silueta de hoteles modernos y confortables surge poco a poco en los principales centros urbanos; la capital exhibe uno de los mejores: el Gran Hotel de Turismo, una mole de nueve pisos, con helipuerto, confiterías y hasta un centro comercial incorporado. El gigante se alza en un lugar de privilegio, dominando por completo el Parque Urquiza, el anchuroso Paraná, las islas que manchan







El repujado en cuero (1) y la cestería con paja de trigo (2) son algunas de las muchas artesanías que se practican en la provincia. Cuidadosos de su rica herencia histórica, los entrerrianos conservan intacta en Gualeguaychú la casa natal de Fray Mocho (3), que frecuentó las aulas de otro sitio venerable, el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay (4). Cerca de esa ciudad se halla la Estancia Santa Cándida, de interior ricamente amueblado (5), que fue un rico saladero de Urquiza.



EL CASTILLO DEL MISTERIO

"A. D. 1888", dice la inscripción grabada en el portón de acceso. Detrás, el viejo castillo de San Carlos muestra su derrumbe; matorrales crecen entre los resquicios de las baldosas, el óxido carcome las rejas que protegen inútilmente a las ventanas, y los muros de piedra se desmoronan de a poco, empujados por el tiempo. El prolijo parque que antaño circundó la casa también es un recuerdo, como casi todo lo que tuvo San Carlos; sólo el río Uruguay, impávido como siempre, sigue corriendo tranquilo al fondo de la barranca, sin que nadie se asome a contemplarlo desde los amplios ventanales. De vez en cuando, alguno que otro turista curioso que recorre las ruinas se formula la pregunta de rigor: "¿Qué pasó con todo esto?".

Pero no existen respuestas adecuadas, porque la historia de San Carlos se funde con leyendas y recuerdos imprecisos. Los datos más fehacientes dan cuenta de que hacia "mil ochocientos ochenta y pico" arribó a la cercana Concordia un navío francés; de él desembarcó el barón De Marchi —de Machy, dicen algunos— con su señora, un hijo de corta edad y un nutrido cargamento que incluía voluminosos cajones y baúles. Poco después, el enigmático personaje —que algunos hacen hijo de un banquero de Lyon— ordenó la construcción del célebre castillo. Gobelinos, tapices, brocados y un aristocrático mobiliario llenaron más tarde decenas de habitaciones, delatando el refinamiento y la fortuna de sus habitantes. La bodega de la casa no tardó en hacerse célebre por lo bien provista, igual que su propietario, que en las reuniones recitaba a Homero en lengua griega. Una fábrica de jabón, un saladero y una herrería levantados por el noble señalaban la firmeza de su arraigo en la región. Por eso, su brusca desaparición sorprendió a todo el mundo: un buen día, sin saludos ni explicaciones previas, los pobladores del castillo abandonaron todo y se ausentaron para siempre. Allí quedó San Carlos, solo, con sus muebles y sus brocados, hasta que años después un incendio lo arrasó por completo. Desde entonces la leyenda ronda los muros pelados, se filtra por los resquicios de las piedras y recorre los restos del foso que circundaba la construcción. Las preguntas no tienen respuesta: el misterio es el denominador de San Carlos.

su lomo pardo y el lejano horizonte santafesino: algo para no olvidar. Por supuesto que no es todo; también los campings se multiplican a medida que la recreación al aire libre y los acampantes aumentan cada verano. En la propia capital hay sectores de la ribera con instalaciones adecuadas, y a pocos minutos de viaje se puede estar en un reducto natural hermoso: el Parque Provincial General San Martín. Arroyos sinuosos, millares de pájaros, arboledas densas forman algo así como una isla de naturaleza virgen; hasta es posible toparse con algún zorro curioso que ante la presencia humana emprenderá inmediata y prudente retirada.

Dos zonas netamente definidas se presentan a los ojos de los visitantes: la banda del Paraná y la banda del Uruguay. Una tercera se perfila como futura babel turística: el Delta, un lugar como pocos en el mundo, al que la falta de alojamiento y las dificultades en el transporte tornan poco frecuentado. Muy diferente es la situación en los otros dos circuitos, recorridos cada vez más asiduamente por los entusiastas que se lanzan a recorrer la provincia y se llenan de sorpresas. Por ejemplo, no son muchos los que se imaginan a Entre Ríos como provincia de playas. Sin embargo, las hay a montones, y con arenas que nada tienen que envidiar a las del mar. Eso ocurre especialmente en la costa del Uruguay, un río de aguas cristalinas y tranquilas. Cerca de Concepción del Uruguay está el Banco Pelay, "el mayor balneario fluvial de Sudamérica", como lo bautizaron localmente. En realidad, el sitio asombra: se trata de una inmensa, dorada playa de arenas finas que el Uruguay acaricia sin apuro y que es muy superior a muchas otras que son bañadas por el mar. No es lo único que tiene Concepción; la ciudad —cuna de Pancho Ramírez y favorita de Urquiza— está marcada por la historia. La iglesia matriz contiene el mausoleo de Urquiza, y frente a la plaza principal se alza el célebre Colegio Nacional, que además de constituir un atractivo en sí mismo cobija a un importante museo regional. A menos de treinta kilómetros se encuentra un sitio de visita poco menos que obligatoria donde calma y belleza se asocian con una poderosa atracción histórica: el Palacio San José, residencia del General Urquiza y escenario de su violenta muerte. Otro palacio, pero de historia totalmente distinta, se alza cerca de Concordia; es el ruinoso y solitario

3



Entre Ríos también es turismo. Poco a poco la provincia empieza a ser descubierta por los viajeros, que se llevan más de una sorpresa, pues todo el territorio ofrece atractivos de distinto cuño. Desde la ruinosa silueta del castillo de San Carlos (1), hasta maravillas naturales como las playas del río Uruguay o el Palmar de Colon, todo se inscribe en la lista que brinda la provincia a los ojos del visitante. En la capital, la plaza Primero de Mayo (2) ocupa el propio "centro del centro", y es de rigor recalar en alguno de los bares o confiterías que proliferan en su entorno.
Un acogedor rincón paranaense es el célebre parque Urquiza (3), donde la mano del hombre complementó la accidentada naturaleza del terreno con escalinatas, fuentes y esculturas. El horizonte del parque está dominado actualmente por la maciza mole del Gran Hotel de Turismo, cuya erección parece presagiar el inicio de una nueva época en el turismo provincial. Es el mayor exponente del empeño que han puesto los entrerrianos en modernizar su hotelería.

castillo de San Carlos, que se une a Salto Grande y Salto Chico —paraíso de pescadores— para caracterizar a la ciudad y su zona de influencia como otro polo de atracción. Claro que la ribera del Uruguay tiene muchas sorpresas más; en el norte, Federación, dueña de balnearios tranquilos y solitarios, permanece atada a su destino mortal: desaparecer por completo bajo las aguas cuando se forme el embalse de la presa Salto Grande; más al sur aparece la otra cara de la medalla: Colón, reposada, con sus calles rojizas y arboladas, frente a un futuro promisorio que comenzará en el instante en que se inaugure el puente con Paysandú. Indudable "vedette" de la región es el Palmar de Colón, dueño desde hace siglos de una belleza exótica digna de geografías más tropicales.

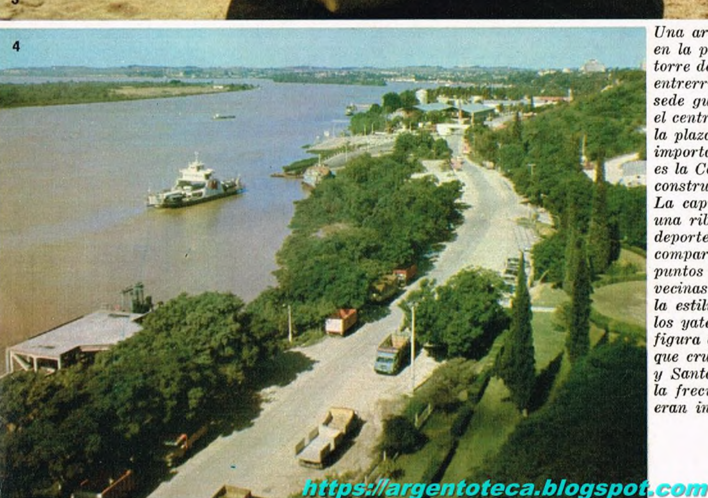
EN EL REINO DEL YATAY

Es un deleite para los ojos y una sorpresa para el desprevenido: miles y miles de palmeras empenachan los declives suaves de las cuchillas cercanas al río Uruguay. Dueñas absolutas del paisaje, crecen juntas o solitarias, en grupos abiertos o apretados, dibujando siempre a la distancia una formidable empalizada de troncos perfectos. El espejo celeste de los arroyos cristalinos multiplica la imagen esbelta de las palmeras, rematadas por esa cabellera verde que crepita en los días de tormenta o se enciende con el sol de los atardeceres. Pero el célebre "Palmar Grande de Colón" no es solamente un sitio de belleza espectacular; se trata, además, del fenómeno más sorprendente que protagoniza la naturaleza entrerriana: en ningún otro lugar del mundo existe una formación de tales características.

Responsable directo de semejante exclusividad es el yatay, una palmera que se desarrolla bajo condiciones ambientales que resultan inhóspitas para otras especies. Tierras arenosas, lluvias abundantes y temperaturas cálidas apadrinan la exuberancia del célebre palmar entrerriano, que hasta hace poco marchaba hacia su completa extinción. Pese a su gravedad, el fenómeno tiene una explicación bastante simple, ya que la situación no fue provocada por complejas variaciones ecológicas sino por el ganado, que impidió durante décadas la reproducción satisfactoria de las palmeras: en cuanto una plantita asomaba al nivel del suelo dispuesta a desarrollarse, un goloso vacuno



3



4

Una arcada de la galería situada en la planta baja enmarca la torre de la Casa de Gobierno entrerriana, en Paraná (1). La sede gubernativa se encuentra en el centro de la ciudad, vecina a la plaza Primero de Mayo. Otro importante edificio paranaense es la Catedral (2), cuya construcción finalizó en 1886. La capital entrerriana cuenta con una ribera apta para realizar deportes náuticos (3), una pasión compartida con otros puntos de la provincia. Así, en las vecinas aguas del río, la estilizada silueta de los yates se agrega a la figura de las balsas que cruzan vehículos entre Paraná y Santa Fe (4), aunque ya no con la frecuencia de antaño, cuando eran indispensables en el río.



Puesta de sol en el Palmar de Colón, espectáculo de sobrecogedora belleza en un rincón entrerriano.

daba cuenta de ella con fruición. De esa forma se llegó al panorama actual; los yatayes jóvenes brillan por su ausencia, casi todas las palmeras tienen más de doscientos años —la madurez—, y muchas entraron en la decrepitud. Afortunadamente, la conciencia sobre ese estado de cosas movilizó esfuerzos provinciales y nacionales, y la situación va en camino de ser modificada. En marzo de 1971 Parques Nacionales empezó a tomar posesión de unas cinco mil hectáreas que integran el flamante Parque Nacional El Palmar, un reducto concebido expresamente para proteger esa joya natural.

UN CONJUNTO FLORECIENTE

La ruta del Paraná también acumula nombres y lugares. Hacia el sur de la capital entrerriana la competencia se desata entre varias localidades y lugares. Diamante aparece primero, mostrando con altivez sus playas agrestes y barrancosas; son las mismas que presenciaron —en 1851, cuando el lugar se llamaba todavía Punta Gorda— el cruce del Ejército Grande rumbo a la definición de Caseros: veintiocho mil hombres con caballos, fusiles, municiones y cañones. Hoy, en cambio, son deportes náuticos los que alteran por instantes la calma de las aguas. Lo mismo sucede más abajo, en las playas de Victoria, luego de dejar atrás la cascada rumorosa de Molino Doll y su viejo molino lleno de historias olvidadas. A Victoria le dicen "la ciudad de las siete colinas", pero más que sus declives llaman la atención las rejas de las casonas, que se adivinan con un patio interno lleno de grandes macetas frondosas que tiñen de frescura las siestas veraniegas.

No es todo, por supuesto. Feliciano, Federal, Gualeguay, Nogoyá, Rosario del Tala, Villaguay, son todos nombres y lugares transitados por la historia, presente todavía en sus viejos edificios y viva en las manos de los artesanos locales.

La confianza en las posibilidades turísticas de la provincia arraigó tan fuerte entre sus pobladores que el número de ciudades con festejo propio no ha cesado de aumentar. Enero es el mes de las "semanas de turismo"; las tienen Rosario del Tala, Colón y Gualeguay; La Paz se hace presente con un festival folklórico. Ecos similares se repiten en febrero en el Carnaval de Victoria, el Carnaval Internacional de Colón y el Festival "Cantando en el río", de Gualeguay. Villaguay, por su parte, convoca para noviembre su cada vez más célebre Encuentro Entrerriano de Folklore y Muestra de Artesanía Popular. Ninguno de esos festivales, sin embargo, alcanza todavía las dimensiones que tienen las "fiestas grandes" de Entre Ríos: la Semana Nacional del Paraná —en la capital—, la Fiesta Nacional de la Avicultura —en Crespo— y la Fiesta Nacional de la Citricultura —en Concordia—. Las tres incluyen elección de Reinas y las dos últimas constituyen la mejor muestra anual del potencial productivo entrerriano. Claro que no sólo en los festivales es posible descubrirlo. Basta recorrer los campos, echar un vistazo a las ciudades y comprobar el oxígeno que insufló al desarrollo el túnel subfluvial, para entender que cuando la provincia quiebre del todo su aislamiento, se volcará con entusiasmo a concretar aquel pronóstico que realizó Sarmiento hace más de un siglo: "Entre Ríos... será el paraíso terrenal, el centro del poder y de la riqueza, el conjunto más compacto de ciudades florecientes".



Vista del Puerto de Paraná, litografía de Mousse, 1858.

PARANA, CAPITAL DE LA REPUBLICA

Cuando aún no se había despojado de su pereza provinciana, del sedentario estilo de vida de los pequeños poblados del interior, la ciudad de Paraná fue designada capital provisional de la Confederación Argentina, una república en realidad desgarrada, que no contaba con el apoyo de la provincia de Buenos Aires, empecinada por entonces en continuar siendo centro, cabeza del país.

Corría el año 1854 y los vientos cosmopolitas que sacudían el emporio financiero de la Argentina (Buenos Aires) todavía no habían sobresaltado a Entre Ríos. Cuenta Vicente Quesada en su libro *Memorias de un viejo*: "En las noches de luna se sacaban las sillas a la vereda, por la que nadie transitaba; allí Venancio (un criado) traía mates y cigarrillos de papel, a veces unos cigarros correntinos o tucumanos. Cada cual tomaba su silla, la colocaba en la posición que le daba la gana y podía gozar gratis del canto agudo de los grillos. . .". Uno o dos clubes oficiaban de centros sociales, donde los vecinos se trenzaban en memorables partidos de billar, truco o dominó.

Este apaciguado ritmo contagiaba también las importantes cuestiones de Estado. El gobierno delegado en Paraná estaba formado por Justo José de Urquiza como presidente, Salvador María del Carril, vicepresidente, y Mariano Fragueiro y Facundo Zuviría. Del Carril vivía en una frugalidad propia de las circunstancias: en la misma mesa donde firmaba los papeles oficiales le tendían el mantel para comer y, si el momento lo obligaba, allí mismo abría un catre que apenas albergaba su estirado y enjuto cuerpo.

Del Carril tenía el aspecto de un cuáquero, con su inmutable sombrero de copa, de alas anchas, su grueso bastón, su grave solemnidad. Mariano Fragueiro, por su parte, no desmentía en su apariencia su condición de tesorero: calzaba con esmero y llevaba siempre guantes; "amaba al sastre y al zapatero", escribió Quesada de él. El orador del grupo gobernante fue Facundo Zuviría: infatigable luchador en el Congreso de Santa Fe, que sancionó la Constitución, llegó a Paraná precedido por una fama terrible. Era corajudo, charlatán, verborrágico, pero al mismo tiempo implacable y preciso cuando se trataba de puntualizar y describir el drama nacional de la época. Se dijo de él que era "un torrente que desbordaba para evitar inundaciones internas".

Ninguna de estas características permitiría definir a Justo José de Urquiza. Enamoradizo, bailarín de primera —experto en la contradanza—, fornido, elegante y taciturno, de prodigiosa memoria, desdeñaba la solemnidad de del Carril, el dandysmo de Fragueiro y la impetuosidad de Zuviría. Urquiza, luego de haber firmado la Constitución, no se quedó en Paraná. Prefirió retirarse a su magnífico palacio de San José, desde donde manejaba los negocios de Estado: "Recibía a todo el mundo —anota Quesada—, oía a los pobres, a los campesinos, a sus antiguos soldados, y muchas veces intervenía personalmente en sus disidencias y les hacía transar en los pleitos". Era una forma virtualmente patriarcal de ejercer la autoridad, avalada —claro— por su inmensa fortuna: ". . .prestaba dinero sin interés, y más de una vez tomó dinero a interés para prestarlo gratuitamente".

Ministro del Interior de esta República manejada desde Paraná fue Santiago Derqui, cuyos hábitos no se enfrentaban para nada con la característica siesta provinciana que envolvía a Entre Ríos: fumador incansable, perezoso, leía novelas y gustaba de permanecer hasta muy tarde en la cama. Lucio V. Mansilla en su libro *Retratos y Recuerdos* lo confirma: "Recibía en la cama. . .". Era poco salidor, muy afable, bondadoso, rodeado de papeles y libros y con una botella de cerveza siempre a mano, despachaba los asuntos de gobierno.

Al frente del Ministerio de Hacienda se encontraba el doctor Elías Bedoya. Había participado en la sanción de la constitución unitaria de 1824 —enérgicamente rechazada por los caudillos del interior— y había sido uno de los diputados que propusieron a Rivadavia para la presidencia de la Nación. Durante la época de Rosas se exilió en Bolivia. Las ironías de la historia lo colocaron en el seno de un gobierno que enfrentaba a Buenos Aires. Era ". . .el único gigante que conocí de ministro", anota Quesada. Cuando se retiró de la vida pública fue a vivir a Córdoba, a ". . .unos ranchos que había empapelado con los diarios de la Confederación".

Una de las grandes personalidades de Paraná fue Juan María Gutiérrez, mucho mayor en talla intelectual que política. Ejerció el Ministerio de Relaciones Exteriores, pero no era su vocación y pronto se alejó del cargo para asumir el rectorado de la Universidad de Buenos Aires. La misma función la desempeñó interinamente un ex clérigo, el doctor Juan Francisco Seguí, aficionado a ciertas artes juglarescas que a veces provocaban sustos mayúsculos entre sus invitados: por ejemplo, solía llevar en sus bolsillos víboras que previamente había domesticado, y en el momento menos pensado las sacaba a relucir con el consiguiente espanto de quienes desconocían las clases de bromas que gastaba. No cabe duda de que los hombres de la Confederación Argentina le dieron otra vida a Paraná, que entonces, convertida en capital de la República, fue la primera ciudad del interior argentino que marcó, aunque por poco tiempo, los destinos del país.

JOSE HERNANDEZ EN ENTRE RIOS

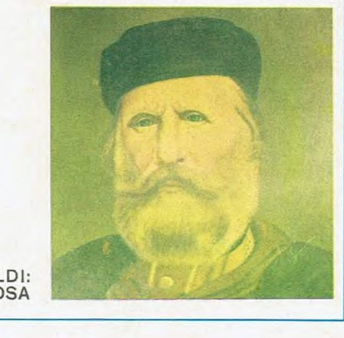
Cuando cariñosamente lo apodaban *Matraca* (por su vozarrón estruendoso y vibrante) y él ni siquiera había entrevisto las primeras líneas de su monumental obra *Martín Fierro* , José Hernández se afincó en Entre Ríos. Era un mozalbete de 25 años, "exacerbado de federalismo —según Aníbal Vázquez—, desacomodado con el orden de cosas sobrevenido en su tierra nativa, Buenos Aires".

Dependiente en una casa de ramos generales, propiedad del suegro del general Ricardo López Jordán, Hernández acumuló en la provincia los materiales y elementos fundamentales para su obra: concurría asiduamente a los mercados, donde se pasaba escuchando los dichos y chistes gauchescos de los carniceros, que por esa época eran todos criollos de pura cepa. Simultáneamente, en noviembre de 1863, apenas unos meses después de haberse casado con Carolina González del Solar, el poeta alcanzó a escribir en el diario *El Argentino,* de Paraná, donde desarrolló una virulenta y agresiva campaña periodística a raíz de la alevosa muerte del Chacho Peñaloza en Olta, La Rioja. Siete años más tarde, cuando fue asesinado Urquiza y López Jordán llamó a la entrerrianía a rebelarse, el poeta se incorporó a uno de los más formidables ejércitos que podían haberse formado en esos tiempos, compuesto por 14 000 hombres. Fue cuando el gobierno nacional, presidido por Sarmiento, envió poderosas columnas (más de 16 000 soldados) para aplastar la insurrección. José Hernández no sólo actuó como mero combatiente. Se convirtió, también, en el escritor de la revuelta. "En la lucha en la que usted se ha comprometido —le escribió a López Jordán— no hay sino una salida, un solo término, una disyuntiva forzosa: o la derrota o un cambio general de situación en la República."

Tuvo luego palabras duras para Urquiza: "Gobernador tirano de Entre Ríos" lo llamó, o peor aún "jefe traidor del gran partido federal". Se entrega por completo a su causa. Su juicio sobre Sarmiento es inflexible: "...no se apoya en la opinión de los pueblos sino en las bayonetas de sus reducidos batallones...".

Es probablemente en diciembre de 1870 cuando ingresa en el ejército del caudillo entrerriano. "Ya al lado de López Jordán —relata Aníbal Vázquez— corrió su misma suerte, su infortunado destino; vivió la vida áspera de los campamentos; se nutrió de rebeldías; convivió íntimamente, en carpas y fogones, la existencia del gaucho entrerriano hasta que las fuerzas insurgentes se estrellaron contra la adversidad en la batalla de Ñaembé (Corrientes), dispersándose, deshechas..."

Las actitudes del poeta, sus juicios violentos, son seguramente típicos de los años que vivía el país, enardecido antes de la revuelta de Entre Ríos por la guerra con el Paraguay. No hubo hombre político que escapara a ellas, que no se comprometiera a fondo con su ideología, y pocos fueron los que no tomaron las armas. Hernández no fue una excepción. Sólo después de la derrota de López Jordán se dedicó por completo a la poesía, fiel reflejo de su incontrolable pasión, de su fogoso amor por la tierra que primero quiso defender con la espada y luego exaltó con la palabra.



GIUSEPPE GARIBALDI: UNA VISITA AZAROSA

Su pasión aventurera lo llevó a recorrer casi todo el mundo. Llegó al Brasil en 1836, en momentos en que ese país estaba gravemente afectado por una cruenta guerra civil. Sin pensarlo demasiado tomó partido por los insurrectos, los republicanos de Río Grande, que se autodenominaban "andrajosos". A bordo de una embarcación puesta bajo su mando, la "Andrajosa", precisamente, actuó al estilo de los piratas hasta que sus enemigos destrozaron su endeble navío. Giuseppe Garibaldi (que sería luego el gran caudillo de la unidad italiana) no se inmutó: huyó hacia la Argentina recalando en Entre Ríos, donde, "por las dudas", fue considerado como "prisionero", pese a que gozaba de suficiente libertad como para circular por las calles de Gualeguay, localidad en la que debió afincarse. Recibido hospitalariamente por los vecinos, disponía de un peso fuerte todos los días para atender sus gastos.

No tardó en discurrir un plan de fuga, pero su intento falló al denunciarlo un baqueano. El comandante Millán, principal de Gualeguay, lo trató duramente: "...principió a golpearme bestialmente con una fusta que tenía en la mano; después, al reiterarle mi negativa (se oponía a revelar los nombres de quienes lo habían ayudado en la fuga), hizo pasar una cuerda por las vigas de la prisión y me suspendió en el aire, atado por una mano". De esta manera cuenta Garibaldi su transitoria estadía en Entre Ríos: "Mi cuerpo ardía como un horno y mi estómago consumía como si fuera hierro candente el agua que bebía sin interrupción, suministrada por un soldado." Finalmente, el prisionero fue trasladado a Paraná, donde el gobernador Pascual Echagüe le devolvió la libertad. Una vez en Montevideo, Garibaldi confesó: "Le debo toda mi gratitud y quisiera darle pruebas de que se la tengo". Dicen algunos que no encontró mejor forma que la de escribirle una oda en francés titulada "Pascual Echagüe, mi libertador".